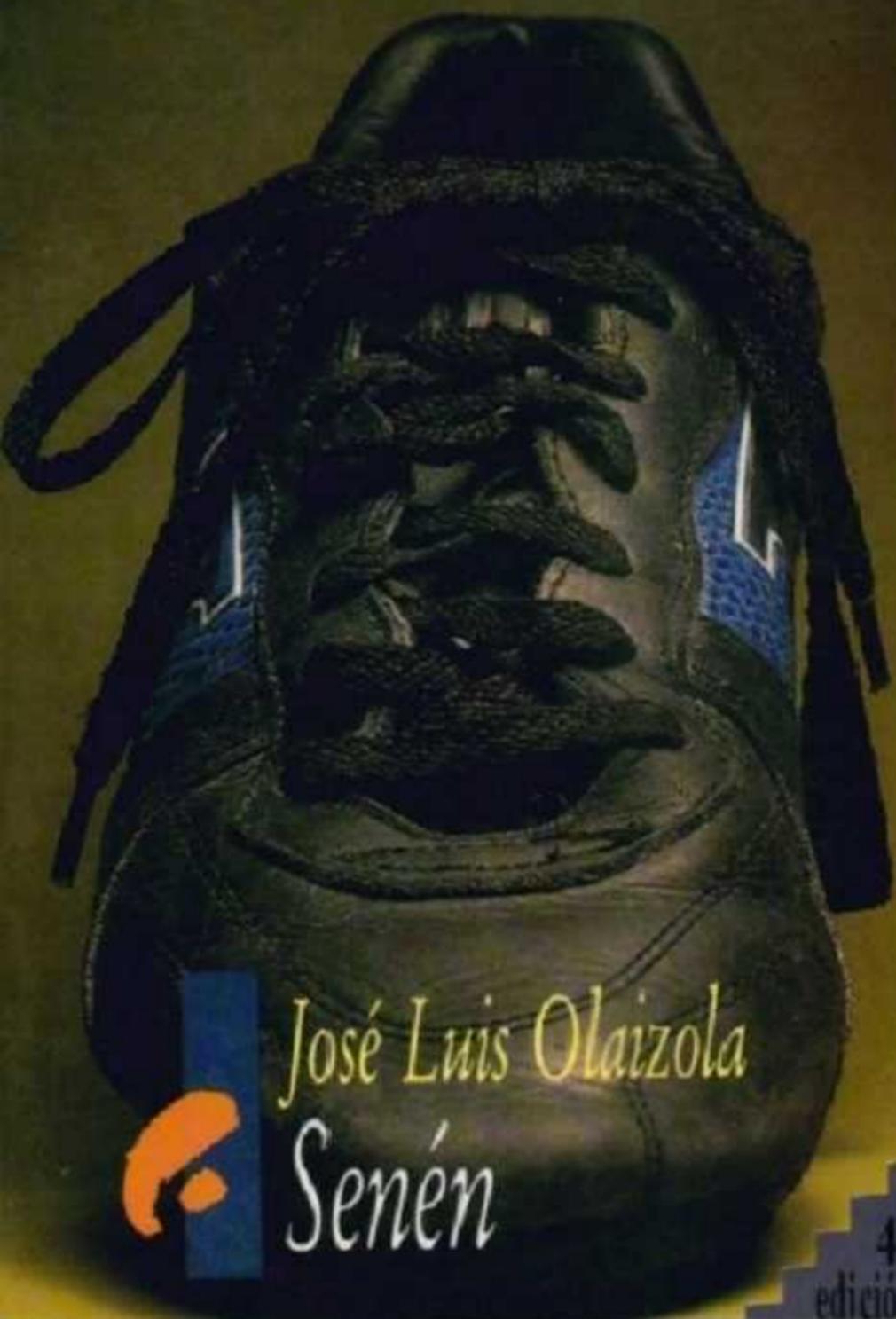


Gran Angular



José Luis Olaizola



Senén

4^a
edición

1 Senén empieza a escribir

YO nunca he conocido una tía más mala que la Candi. No tendrá más de doce o trece años, pero con muy mala uva. El otro día me harté de ella y me cagué en su padre, que parece un insulto terrible, pero para nosotros es menos que llamarle a uno idiota o imbécil, por lo que luego explicaré.

La tía —la estoy viendo— se fue a buscar a su padre y le dijo:

—Papá, un niño me ha dicho eso de ti.

Además —es que me la imagino— al decirlo se le saltarían las lágrimas porque para eso es única: puede llorar o reír, según le convenga, en menos de un minuto. Lloraría, no por ella, sino por la cosa tan sucia que se habían hecho en su padre. Y claro, éste dijo:

—¿Dónde está ese niño?

Y la otra lo llevó a donde yo estaba.

Menudo corte. El señor miraba y no veía ningún niño. Entonces le dijo a Candi:

—Bueno, guapa, se habrá ido. Anda, no llores más y no andes con niños que dicen esas cosas.

Pero Candi me señaló con el dedo:

—Es ése.

Yo tampoco creo que lo hiciera con mala idea. Quizá creyera que su padre podía pegarle una torta a cualquiera porque, al fin y al cabo, una niña de doce o trece años, de esas cosas no entiende. El caso es que, para que no quedara duda, añadió:

—Ha sido ese señor el que lo ha dicho.

Porque la Candi, para meterse conmigo siempre me dice: «Oye niño», pero ahora, para armar el lío, aclaró que «el señor» era yo.

Yo para unas cosas soy como un chico, por cuestión de mi debilidad mental. Aunque un chico bastante mayor, ya que mi cociente intelectual, según la escala de Terman, es el de un chaval de unos diecisiete años. Pero por fuera represento más de veintidós años, porque, como juego al fútbol en primera división y entreno todos los días, estoy muy fuerte.

Además, me he dejado bigote y esto también me hace mayor. Aparte de que casi siempre voy vestido con traje de calle, incluso con corbata, aunque los del equipo me digan que soy un hortera.

Yo no les hago caso porque encuentro una gran ventaja en que me sigan gustando las cosas de los chicos, que son mucho más divertidas que las de las personas mayores. En cambio, por fuera soy mayor. Y para que no quede duda es para lo que me pongo la corbata y el traje.

—Ése, ése de ahí ha sido el que ha dicho eso —insistió la Candi con toda su mala idea, y me

señalaba a mí, que estaba en la puerta de la cafetería en la que no hacía ni cinco minutos que la había invitado a dos «bucaneros» y a una coca-cola.

Pepe, el portero del ocho, que es un tío muy frío, le dijo:

—¡Oiga!

Pero sin moverse para nada del portal, porque yo no he visto a nadie que se dé más arte para evitar movimientos inútiles.

Cuando el padre de Candi le miró, el portero le hizo un gesto para que se acercase, y el señor obedeció, porque se le veía cortado. Pepe le explicó lo de siempre —me juego la cabeza—, y el señor hacía gestos de comprensión con la cabeza y se le notó aliviado. Luego, me empezó a mirar con curiosidad, porque los periódicos siempre hablan de mí y he salido ya varias veces en la portada del «As Color», y me han entrevistado varios millones de veces en la televisión.

Ahora mismo están preparando un libro sobre mi vida, y por eso yo escribo esto, mi diario, aunque ya me han advertido que luego lo arreglarán.

—Tú —me ha dicho el encargado principal— escribe todo lo que se te ocurra, aunque te parezca una chorrada.

Y yo he pensado que mayor chorrada que la que acabo de contar no la hay. Porque, a ver a quién le va a interesar lo de Candi, que yo con ella me mondo, porque es la tía más graciosa del mundo cuando está de buenas; pero cuando está de malas se pone imposible. Un día se puso tan perra que le dije:

—Oye, tú tienes el demonio dentro, o sea que ahora mismo entramos en la iglesia y te voy a echar agua bendita.

Aquella vez se asustó porque la cogí del brazo y empecé a tirar de ella. Pero me suplicaba:

—¡No, por favor, Senén, no lo haré más, te lo juro!

Yo creo que prefería seguir con el demonio dentro.

LO QUE ESTOY CUIDANDO bastante en estos escritos es lo de la puntuación, porque el encargado principal me ha dicho:

—Tú, de las faltas de ortografía no te preocupes.

¡Claro que no me preocupo, cacho mamón, porque yo no escribo con faltas de ortografía! Aunque sea un chico límite —así nos llaman ahora a los fronterizos—, he cursado completa la EGB y sé escribir a la perfección. En trabajos de redacción siempre sacaba diez, y en matemáticas, en cambio, muy malas notas, porque no me interesaban nada.

La letra no la tengo muy buena, y por eso primero lo escribo en borrador y luego lo paso a limpio, siempre sobre papel rayado. Esto me va a venir muy bien, porque muchas de las cosas que pongo en el borrador no las pasaré al cuaderno

azul. Por ejemplo, lo de cacho mamón, aunque entre nosotros no sea un insulto nada de particular. ¡Lo que no nos decimos nunca es idiota o imbécil!

El cacho mamón se llama José Luengo y es un periodista deportivo al que todos le tiemblan porque dice las verdades y sabe siempre cuándo un árbitro está vendido. Tiene un programa radiofónico para él solo, muy importante, y escribe en muchos periódicos y revistas. Y también escribe libros-denuncia sobre cosas del deporte, principalmente del fútbol.

Yo le llamo «el encargado principal», porque él va a dirigir la operación del libro de mi vida. Pero luego lo arreglará un ayudante suyo. Luengo es un periodista que tiene ayudantes que le buscan las noticias, aunque después el que da la cara es él. Cualquiera día —según explica en su espacio radiofónico— le pegarán dos tiros por decir las verdades.

Como el libro va a ir ilustrado, hay un fotógrafo que se viene por el barrio, o se va al colegio, o a donde yo esté, para sacarme fotos en mi ambiente natural. Cuando vamos al colegio, todos los chicos se quieren sacar fotografías conmigo. Sobre todo los del equipo. Me di cuenta de que el fotógrafo hacía como que tiraba las fotos, pero en realidad la máquina estaba sin carrete. Por eso le pregunté un día:

—Oiga, ¿cuándo están las fotos que me ha sacado con los chicos del colegio?

El fotógrafo tiene un gesto amargado, quizá porque todos le mandan, y me contestó:

—Sólo he sacado las que ha dicho el jefe. Está el material muy caro como para desperdiciarlo.

A mí se me puso un nudo en la garganta, porque, cada vez que me meto más en el rollo de la vida, prefiero aferrarme a mis diecisiete años de la escala Terman, pase lo que pase.

2 «Los Fronterizos»

EL colegio es el «Virgen de los Remedios», en Argüelles, y en el barrio creen que es para chicos subnormales, lo cual no es cierto.

Yo ya no estoy en el colegio, claro, pero raro es el día que no voy, porque vivo al lado, en la calle Gaztambide, y además porque soy el entrenador del equipo. Aunque clandestinamente, porque yo juego en el Athletic, que me tiene prohibido todo. Por eso tengo que entrenar al equipo de «Los Fronterizos» vestido, con chaqueta y corbata, y no puedo ni tocar el balón. Sólo puedo dar consejos a los chicos.

Al principio no hacía caso de la prohibición y jugaba con ellos. Sobre todo entrenando a «El Buzo», que es el guardameta, a parar penaltis. Pero un fotógrafo me sacó una foto que al día siguiente apareció en el «Marca»: «Senén juega con sus antiguos compañeros».

Primero, el entrenador me echó la bronca; a continuación, el director técnico, que es un tío muy frío, me recordó que el contrato me impedía jugar, ni tan siquiera partidos amistosos, sin

permiso especial suyo. Por último, el presidente, que es como un padre, me agarró por los hombros y me recordó que estábamos en un momento clave de la Liga, y que una lesión mía podía echarlo todo a rodar cuando ya teníamos el título al alcance de la mano.

El problema es que ahora todos los chicos del colegio quieren jugar al fútbol, porque creen que van a llegar a internacionales, como yo. Pero como, afortunadamente, están más bajos en la escala de Terman, tienen mala memoria y enseguida se les olvida.

Lo único importante es que yo juegue con ellos y eso lo seguimos haciendo a pesar de lo que he contado. Se pone alguno de guardia en la puerta por si vienen fotógrafos o periodistas, y da el «queo». Por eso yo siempre tengo que jugar vestido de calle, para que no se me note.

En el Athletic yo he aprendido un huevo, y les hago unos pases de vicio, de manera que hasta los más torpes empalman balón. A mí me da vergüenza decirlo, porque parece que quiero hacerme el bueno. Esto, seguro que no lo paso al cuaderno azul, pero lo que más me gusta del mundo es jugar con ellos.

A «El Buzo» le tiro unos penaltis que parecen imparables, pero él los para porque yo para eso tengo un don especial. Sobre todo desde que el viejo maestro Yon Ying me situó el centro de gravitación de mi cuerpo, de modo que puedo disparar con cualquiera de los pies y que el balón no se desvíe nunca.

Algunas veces, en los entrenamientos, me po-

nen balones en fila, y chuto de derecha y de izquierda, haciendo que cuando tiro con la derecha el balón se estrelle contra el poste izquierdo, y viceversa. Me refiero a los entrenamientos con el Athletic. Puedo estar chutando así un cuarto de hora sin fallar. Es decir, estrellando siempre el cuero en los postes.

Eso les encanta a los fotógrafos. Pero un día en que fueron los cámaras de televisión, el director técnico, que es un tío muy frío, les prohibió filmar mis series de balones al poste. Luego, me dijo:

—Oye, aquí vienes a entrenar, no a lucirte.

Yo me quedo helado cuando me dice esas cosas.

EL AYUDANTE del periodista principal es un señor que tiene hijos mayores, por lo menos de más de quince años, y algunos días se los trae para que me conozcan.

Tiene bastantes hijos y las pasa negras para sacarlos adelante, porque no tiene el carné de periodista por una injusticia que le hicieron. El caso es que tiene que trabajar mucho y además traduce libros del francés. Tiene una mirada un poco triste, y todo lo que escribo le parece muy bien. Lo que me preocupa es que es muy calmoso. Me mira con mucha atención y a veces pienso que

me va a descubrir el secreto. Un día se me quedó fijo y me dijo:

—Oye, pero tú escribes muy bien para...

No terminó, pero quería decir «para ser subnormal». Porque yo todavía no le había explicado que los que tenemos un cociente intelectual superior a 65 no somos *subnormales*, sino *ligeros*. Antes se nos llamaba *fronterizos*, que a mí me gusta más porque se nos confunde con los tíos de las películas del Oeste que viven junto al río Pecos. Por eso, al equipo de fútbol del colegio le llamamos «Los Fronterizos». Algunos también piensan que somos un conjunto musical.

Bueno, el caso es que Rodolfo se me queda mirando muy atento, y eso me preocupa. A veces pienso: «Voy a escribir peor». Pero luego no puedo resistir la tentación de que me salgan las frases bien.

Cuando nos vemos con el encargado principal, a Rodolfo se le nota cohibido, porque ya sabe que José Luengo le va a echar una bronca, y seguro que siempre se la echa. El encargado principal es el que tiene que dar las directrices de cómo vamos a escribir el libro. A mí siempre me dice lo mismo:

—¿Qué hay chaval, fenómeno?

Pero no espera que le conteste porque siempre tiene una prisa terrible. No hay cuidado de que ése se entere de la verdad, porque no tiene tiempo ni para mirarme. Echa una ojeada al cuaderno azul mientras Rodolfo le explica lo que he escrito, que siempre le parece poco y poco interesante. Entonces es cuando le echa la riña al

ayudante porque no me explica bien lo que tengo que contar:

—Y si no —le dijo un día—, te traes una cinta magnetofónica y que desembuche.

A mí me entró tal canguis, que me puse a escribir más deprisa. Pero el problema es que al cuaderno azul no paso todo lo que pongo en éste. Bien, de todos modos, en el cuaderno azul voy a contar lo siguiente, que es verdad:

La primera temporada que jugué en el Athletic éramos los primeros de la Liga y nos tocó un partido contra el Athletic de Bilbao. Íbamos ganando por tres a cero. Faltaban no más de diez minutos para terminar el partido y encima les pitaran penalti.

Entonces no era yo el encargado de tirarlos siempre, pero el capitán me hizo un gesto que se sobreentendía. El portero del Athletic de Bilbao era Iríbar, que ya estaba muy viejo, y encima con una tarde de aúpa, porque había encajado tres goles, uno de ellos claramente por su culpa.

Hay que tener en cuenta que cuando yo tenía diez años, y todavía no se había detenido mi desarrollo mental, Iríbar era nuestro ídolo y yo tenía una foto dedicada por él, que me parecía un tesoro. Entonces, Iríbar siempre andaba rodeado de chavales y firmaba todos los autógrafos que le pedían.

En cambio, aquel día era un señor mayor que estaba echando un broncazo al defensa que cometió la falta por la que le pitaron penalti. En lugar de relajarse como le hubiera aconsejado el maestro Yon Ying, se encrespaba descompuesto,

sin darse cuenta de que ya me estaban preparando el balón para la ejecución.

Yo, si quería, no tenía nada más que chutarle muy fuerte, al ángulo superior derecho, y seguro que Iríbar lo paraba. Porque, a pesar de los años, nadie hacía la paloma como él. Total, íbamos ganando por tres a cero...

Además, me lo imagino, los cronistas al día siguiente dirían: «Lo que parecía un tiro imparable del joven Senén, fue detenido por la vieja gloria». Como todos los fotógrafos se habían apiñado en la portería, la foto con la estirada saldría en todos los periódicos.

Pero se me acercó el capitán y, con ese cariño que a mí me hace polvo, me dijo:

—No falles, chaval. Tira tranquilo.

No quise mirar la cara de Iríbar, y de izquierda solté el trallazo por bajo, que fue gol, claro. Pero además con sensación de ridículo, porque Iríbar se tiró justo por el lado contrario, lo cual ocurre mucho, pero aquella vez a mí me pareció horrible.

BUENO, LO ANTERIOR lo ha leído Rodolfo y me ha comentado:

—¿Era muy importante ganar por cuatro goles en lugar de por tres?

Yo me he limitado a contestarle que sí, por-

que todos los goles se suman en una de las columnas de la clasificación. Pero esta parte también la ha leído José Luengo, que al principio ha comentado:

—Yo no sé hasta qué punto tiene interés hablar ahora de Iríbar. Está ya muy pasado.

Luego, se lo ha pensado un poco y le ha dicho a Rodolfo:

—Se podía poner algo de que Iríbar aceptó noblemente el gol y abrazó a Senén, admitiendo el cambio generacional. En fin, darle un poco más de garra, ¿tú me entiendes?

Yo no sé si Rodolfo le habrá entendido, ni cómo podremos mejorar la cosa, porque la verdad es que Iríbar ni me miró, y siguió armándole la bronca al defensa que tuvo la culpa. A mí se me hizo un nudo en la garganta, porque yo por cualquier cosa lloro. Menos mal que enseguida pitaron el final del partido.

EL CASO ES QUE A JOSÉ LUENGO le parece poco interesante casi todo lo que cuento en el cuaderno azul, y yo estoy de acuerdo con él, porque son cosas sin garra. Él es un periodista con mucha garra, todo el mundo lo dice. Yo lo siento por Rodolfo y sus hijos, porque a veces me da la impresión de que, si no logra sacarme cosas más interesantes, lo van a largar. Encima

me defiende delante de José Luengo, diciendo:

—Te advierto que Senén escribe bien.

Pero esto le suele enfadar al periodista principal:

—¡Jodé, aquí no estamos en un concurso de redacción, sino para escribir un *best-seller*! ¡Que ya hemos cobrado dos millones y tú te has llevado tu parte, majo!

Cuando le recuerda lo del anticipo, que lo hace mucho, Rodolfo se queda meditabundo.

3 *El maestro Yon Ying*

HE contado lo de Iribar porque con «El Buzo» hago lo contrario. Le amago como si le fuera a engañar, pero acabo soltándole un chupinazo, fortísimo, al ángulo de abajo, generalmente al derecho, y «El Buzo» se tira como si fuera a encontrar petróleo. Lo para siempre y me dice:

—¡Que conmigo no puedes, Senén...!

Yo no conozco un tío más fuerte que «El Buzo». También ha terminado la EGB, pero con más dificultades que yo. Sigue en el colegio porque va a ser ceramista y allí tenemos un taller muy bueno; porque la cerámica es un oficio muy propio para los ligeros.

Los cuatro más amigos somos: el maestro Yon Ying, «El Buzo», la Candi —cuando está de buenas— y yo. Comprendo que somos cuatro amigos un poco raros, y eso es lo que más le interesa a Rodolfo. Pero, en cambio, a José Luengo todo lo que no sean cosas de mi carrera futbolística no le interesan, porque no tienen garra.

Bien, ahora somos casi cinco amigos porque Rodolfo, a veces, también se viene con nosotros.

La ventaja es que Rodolfo tiene coche y podemos ir a más sitios. Yo no tengo coche porque para sacar el carné de conducir hace falta tener dieciocho años, y yo no voy a tenerlos nunca.

El maestro Yon Ying tiene más de cien años y es chino. Cuando vamos por la calle, le llamamos Ernesto. La verdad es que Yon Ying sólo le llamo yo, cuando me enseña a situar el centro de gravitación de mi cuerpo para que pueda sacar el máximo provecho de mis extremidades inferiores, es decir, de las piernas. Hay que tener en cuenta que solamente uno entre diez millones de personas es capaz de situar exactamente su centro de gravitación y yo estoy a punto de conseguirlo.

—Cuando esto suceda —me advierte el maestro Yon Ying—, entonces tú tendrás que tener mucho cuidado. De un despalo podías lompel la poltelía.

Para entender la frase que he escrito hay que poner una erre donde yo he puesto la ele. Lo he hecho así porque es verdad que los chinos hablan como en los tebeos, o sea, que no saben pronunciar la erre.

Otras veces se queda meditabundo y me dice:

—Tendrás que tener mucho cuidado porque de un balonazo podías alancal la cabeza de un contlallo.

A Ernesto no le importa que le tomen el pelo por ser chino, y la Candi hay días que se ceba. Si el chino cuenta alguna historia extraña, Candi le dice:

—Viejo chino contal mentilas cachondas.

Ernesto no se enfada y le responde:

—Viejo chino logal a pequeña flol de las montañas explical qué significal «cachonda».

La pequeña flor de las montañas da unas explicaciones que te salen los colores.

El otro amigo es «El Buzo», que ya he explicado quién es, y la otra es Candi, que no es que sea amiga sino que se nos pega que no hay forma de quitártela de encima. Lo que más le gusta es la coca-cola, los dónuts y los bucaneros, y hay que estárselos comprando continuamente. Un día en que se había puesto muy pesada, le dije:

—Oye, si vienes con nosotros para que te invitemos, no hace falta. Toma veinte duros y cuando se te acaben me pides más.

Ella hizo como que se ponía muy contenta y cogió los veinte duros. Pero al momento se puso colorada, se le saltaron las lágrimas y dejó caer los veinte duros al suelo. Yo me hice el tonto, porque ya he explicado que en menos de un minuto lo mismo está llorando que riendo. Es más, le dije:

—Pues peor para ti.

Y cogí los veinte duros del suelo.

Estábamos en el Parque del Oeste, al que vamos mucho porque nos pilla cerca, y ella se volvió de espaldas y se empezó a alejar de nosotros. Daba no sé qué verla marchar así. Tiene las piernas muy delgadas, y el pelo unas veces lo lleva suelto y otras se hace una trenza. Aquel día no me acuerdo cómo iba, pero el chino me hizo un gesto con la mano para decirme que había hecho mal. «El Buzo» me dijo:

—¡Jodé, tío, cómo eres!

Y se fue detrás de ella. Pero Candi no le quiso hacer caso a pesar de que «El Buzo» le dijo que la subía a hombros, que es una de las cosas que más le gustan. «El Buzo» es altísimo, y como Candi es una pluma, se pone de pie sobre los hombros, guardando el equilibrio con los brazos. Así se pueden recorrer todo el parque y la gente los mira. «El Buzo» es tan fuerte que sus hombros son como una plataforma, o sea, que es fácil lo que hacen.

Daba no sé qué verla marchar así. «El Buzo» se volvió enfurruñado conmigo. Ernesto se puso apacible, como su verdadero nombre indica, porque Yon Ying, en chino, significa «El Apacible», y cuando él se pone así, se mueve en otros mundos distintos de los nuestros.

Según estoy escribiendo esto, me imagino lo que diría José Luengo si lo leyera. Para compensar, en el cuaderno azul escribiré cosas de mi niñez, que, como fue muy triste, le interesan mucho al encargado principal. Tienen garra porque yo no conocí a mi padre, y aun es dudoso que existiera, y mi madre murió cuando yo era un niño.

También era triste aquella tarde del Parque del Oeste, en la que Ernesto se puso apacible y «El Buzo» se enfadó conmigo porque la Candi se fue llorando. Subía sola la cuesta larga, la que termina en Rosales, y según se alejaba se reducía de tamaño. Además, como era una tarde de invierno, la noche se estaba echando y parecía que le podía pasar cualquier cosa. Yo es que no pue-

do ver llorar a un niño, aunque sea tan perro como la Candi. Y a «El Buzo» le pasa lo mismo. O sea, que somos una pareja de pena.

UNA DE LAS COSAS que más me fastidian de José Luengo es que habla con Rodolfo, delante mío, como si yo no existiera. Todavía hay otra cosa que me fastidia más: si no quiere que yo me entere de algo, le habla a Rodolfo en clave, pero en una clave de niño pequeño. El desgraciado no se ha enterado todavía de que un fronterizo —que según la escala de Terman tiene un coeficiente intelectual de 85, lo que en mi caso equivale a que mi edad mental sea la de un chico de diecisiete años, aunque yo tenga veintidós— no es un subnormal.

Rodolfo se sabe muy bien todo lo de los ligeros porque ha ido mucho por el colegio y ha hablado con el director, que se lo ha explicado. Además, ha leído un libro que trata de la debilidad mental y de los niños fronterizos. Un día se lo explicó al encargado principal y éste le replicó con aire gracioso:

—Oye, a mí los únicos ligeros que me interesan son los pesos ligeros...

Y, como para que yo no me enterase de lo que quería decir, hizo ademanes de boxear.

Ya me he dado cuenta de que él no quiere que

quede claro nada de esto y prefiere que yo aparezca en su libro como un subnormal, porque tiene mucha más garra el que un subnormal llegue a internacional. Además, le explica en clave a Rodolfo —¡jodé qué clave!, la entendería un mongólico— que el argumento del libro tiene que ser que «para jugar al fútbol no hace falta inteligencia». Rodolfo le dijo:

—Te vas a echar a todos los jugadores encima.

—¡Eso es lo que quiero!

Y al decir esto se le puso una cara que daba pena. Luego añadió:

—¡Ya sabes que conmigo va el escándalo!

José Luengo, aunque sea el periodista deportivo más importante de España, es bajo, gordo y calvo. Parece más viejo que Rodolfo, aunque es mucho más joven. Su mérito, por lo visto, es que siempre sabe cuándo un árbitro está comprado. Y también, en lo del boxeo, se entera de lo de los tongos antes que nadie. Digo esto porque me parece a mí que de fútbol no entiende nada, y cualquiera de «Los Fronterizos» sabe más que él.

Rodolfo tampoco sabe mucho de fútbol, pero eso no importa, porque a él le han contratado porque escribe muy bien. Cuando era joven escribía poesías, y me ha prometido un libro. Ahora, además de ser ayudante de José Luengo, traduce libros del francés, porque estudió en el Liceo, y también corrige pruebas de imprenta. En este caso parece ser que le han contratado por lo primero, por lo de escribir bien, pero tiene la mala suerte de que lo que yo escribo le parece suficiente y siempre le dice a Luengo:

—Para mí, lo mejor sería dejarlo como el chico lo escribe. O, todo lo más, corregirle algunas cosas. Pero...

—¡Bueno, hombre! ¡Pero escucha, hombre, escucha! ¿Tú crees que nos han contratado para que contemos las historias de los amigos de Senén? Y encima la única chica que saca no tiene ni diez años —se refiere a Candi. Luego, pone una cara de hacerse el simpático y me pregunta:

—Oye, y tú, de chavalas, ¿qué tal? Porque las tienes así, ¿no?

Y hace con las manos ese gesto de tenerlas a puñados, pero yo no suelto prenda y él se pone nervioso. Casi siempre está nervioso porque está acostumbrado a hablar por la radio muy deprisa y con mucho nervio. Bueno, se pone nervioso y ya me pregunta descaradamente:

—Pero, escucha, tú te habrás acostado con alguna tía, ¿no?

—No —le contesto—, yo vivo con mi tío. Y entonces le cuento la historia de mi tío.

4 Homeopatía doméstica

LE cuento la historia de mi tío, pero haciéndome un poco el tonto porque siempre tengo miedo de que descubran la verdad. Aunque en el caso de Luengo no hay peligro, porque ni se entera de que existes.

Lo más importante de mi tío es que es homeopático, y eso le desespera a Luengo, porque no tiene ni idea de lo que es la homeopatía. A lo más, me dice:

—Entonces, tu tío es médico, ¿no?

Yo me encojo de hombros, haciéndome el tonto por lo que antes he dicho, pero me quedo con las ganas de explicarle que si hubiera dicho *homeópata* sí podría ser médico. Pero los *homeopáticos* son los que siguen el tratamiento, que en el caso de mi tío consiste en pasear descalzo sobre agua fría para no coger catarros.

Para mi tío lo más importante del mundo es no coger un catarro. Su padre, o sea, mi abuelo, cogía muchos y murió tuberculoso. Él también los cogía de joven, pero desde que empezó a pasear sobre el agua fría ya no los coge. Bueno, él

siempre está con un poco de moquillo, pero es precisamente el secreto de la homeopatía, que en latín se dice *Similia similibus curantur*, que quiere decir que, si tienes un poquito de la enfermedad, nunca la tendrás del todo. Por eso mi tío, que ya es viejísimo, se acatarrá todos los días un poco y así consigue no estar nunca acatarrado del todo. Se lo he explicado a Yon Ying y ha sentenciado:

—Tú tío tiene lazón, pelo no vale la pena.

Se refiere a que no vale la pena porque, para que dé resultado el tratamiento, mi tío no sale jamás de casa. Y para poder dar sus paseos sobre el agua, ha recubierto el pasillo con zinc.

Esto lo voy explicar mejor:

La casa de Gaztambide es antigua y tiene un pasillo muy largo, con la suerte de que al principio está la cocina y al final, el cuarto de baño. Pues bien, la mitad del ancho pasillo la ha recubierto con un canal de zinc para que no se salga el agua, y por ahí es por donde pasea descalzo. A un grifo de la cocina ha enganchado una goma que llega hasta el canal, y por allí corre el agua, que termina en un desagüe que ha hecho en el cuarto de baño.

El otro día le leí una noticia del periódico que decía que un médico soviético había declarado que el hombre podía vivir ciento cincuenta años. Y le gustó. Él dice que quiere vivir mucho para no dejarme solo en el mundo. Yo creo que es porque no cree en Dios y, claro, tiene mucho miedo de morir. Pero él dice que no, que respeta mis creencias, pero que es mi tutor y que,

si se muere, se hará cargo de mí el Tribunal Tutelar de Menores. Yo pienso que si el médico ruso tiene razón, el Tribunal de Menores se hará cargo de mí cuando yo tenga unos ochenta años.

QUIERO EXPLICAR que yo no sé latín, y que la frase que he escrito antes la sé porque mi tío la tiene puesta en varios sitios de la casa, generalmente escrita de su puño y letra y clavada con chinchetas en la pared. En el comedor está grabada sobre una placa de metal dorado, justo enfrente de donde yo me siento para comer, y me la sé de requetememoria: *Similia similibus curantur*.

La otra frase que tiene grabada en metal es sobre el Honor. Lo pongo con mayúscula porque para mi tío lo más importante del mundo —después de lo de no coger catarros— es el Honor. Está enfrente de la otra, y dice así: «Con Honor se puede ganar dinero, pero con dinero no se puede ganar Honor».

Él era funcionario de Hacienda, y le quisieron corromper muchas veces con dinero y nunca lo consiguieron. En cambio, a otras personas muy religiosas sí las corrompían.

Cómo será la cosa que ahora seguimos viviendo de su pensión de jubilado. Lo que yo cobro, una parte la ingresa en la Caja de Ahorros y otra

la invierte en Obligaciones del Tesoro y Cédulas del Banco Hipotecario. También me ha comprado un piso, que se lo ha alquilado a una viuda de toda su confianza.

Todos los meses hacemos repaso de mis bienes, para que yo vea que no me quita nada. Mi tío saca los extractos de los bancos y los abonos que me hace el club, y todo tiene que cuadrar muy bien y quedar muy claro que allí sólo se gasta lo de su pensión. Esto, incluida la Mutualidad, son más de sesenta mil pesetas al mes. Porque sirvió en activo a la Hacienda Pública durante cincuenta y tres años, y desde 1948, que empezó con la homeopatía y terminó con los catarros, no faltó ni un solo día de trabajo a la oficina.

Hace poco tuve un destello de inteligencia peligrosísimo, de esos que, si te descuidas, te suben la puntuación en la escala Terman y te pasan a la mayoría de edad.

Fue el siguiente: mi tío me seguía dando dinero, pero sólo para gastos de transporte. Entonces le saqué lo del *Similia similibus curantur*, que puede parecer pedantería, pero que en casa es normal porque siempre estamos haciendo reflexiones sobre ello. Quiero decir que yo sólo he explicado lo de los catarros, pero toda la vida de mi tío es un equilibrio homeopático, que se basa en dos principios que también los tiene clavados con chinchetas en la pared.

El primero es muy largo: «Para curar rápida, cierta y duraderamente, elige en cada enfermedad un medicamento capaz de suscitar por sí mismo un padecimiento análogo al que debe cu-

rar». El segundo está a continuación del anterior porque, si no, no se entiende: «Usa siempre las dosis mínimas de medicamento».

Bien, no me deja usar mi dinero porque el dinero es un mal. Según él, yo tengo dos desgracias: la de mi enfermedad mental y la de ganar tantísimo dinero. Para solucionar la primera fue para lo que me metió en el colegio Virgen de los Remedios. Y para la segunda yo le dije:

—Si el dinero es un mal, para curarlo tenemos que elegir un medicamento capaz de suscitar por sí mismo un padecimiento análogo al que debe curar.

Mi tío se emocionó mucho cuando me oyó formular, de seguido, el famoso principio, porque, aunque respeta mis creencias, su gran ilusión sería que yo me hiciera, también, homeopático. Es más, me dijo:

—Cuando te oigo hablar así, pienso que puedes acabar superando tu enfermedad.

Se refiere a la mental.

Por eso me asusté. Pero enseguida se me pasó, porque mi tío está más o menos como yo, pero por lo contrario. A mí se me ha parado el desarrollo mental, y a él, como es muy viejo, se le ha pasado.

Admitido el primer principio, tuvo que admitir el segundo. Y no había duda de que el medicamento a emplear era el mismo dinero, aunque fuera en dosis mínimas. Esta dosis la fijamos cada semana, según una nota de gastos que le presento y que discutimos, partida por partida, sobre si

está bien gastada o no. Cuando doy limosnas, mi tío me dice:

—¿Me prometes por tu Honor que te has gastado todo eso en limosnas?

Con decir que sí basta. Si he gastado mucho en limosnas, entonces pongo que ha sido invitando a los del equipo, lo cual no es verdad, porque en el club nunca me dejan pagar nada. Quiero decir que en el Athletic me tratan como a un niño, porque no saben muy bien en qué consiste mi enfermedad.

Todo este lío es porque mi tío no acaba de estar de acuerdo con lo de las limosnas, y le gustaría que antes de dar a un pobre me enterara si lo es de verdad, y en qué se lo iba a gastar. Pero yo, en cuanto veo a una mujer pidiendo con un niño en brazos le doy un duro, y eso que ya sé que son las peores. A «El Buzo» le pasa lo mismo.

Somos una pareja de pena. Cómo será la cosa que el día de los Inocentes, la Candi se disfrazó de vieja, sin que se le viera la cara, cogió a su hermana pequeña, que sólo tiene un año, envuelta en una toquilla, y se sentó en el portal de casa. Cuando salí me dijo con una voz que parecía que lloraba:

—Una limosnita, por el amor de Dios.

Yo, lo juro, ni la conocí. ¡La tía es única! Y luego, a «El Buzo» le hizo lo mismo y también picó.

5 *Senén descubre «La Boca del Asno»*

HOY, José Luengo se ha cabreado de verdad y ha dicho que esto se acabó.

—¿Es que no podéis escribir el libro al que nos hemos comprometido? —habla en plural, pero se dirige a Rodolfo porque yo no cuento—. ¿Es que no podéis contar cómo se quedó huérfano? ¿Cómo empezó a jugar al fútbol? ¿Cuándo le fichó el Athletic? ¿El primer partido internacional que jugó? ¡Jodé, no creo que sea tan difícil! Y tú —esta vez sí que se dirigió a mí—, ¿no puedes dar una explicación de por qué rompiste aquel larguero de un punterazo? ¿Qué es lo que hay de verdad en lo del chino o es todo un cuento chino? ¡Jo! Menudo lío.

Cuando la cosa se pone así, yo pienso que va a despedir a Rodolfo, que es el culpable de todo. Porque nos reunimos todas las tardes para ver lo que he escrito y fijaos lo que hace: me pone alguna coma, o me cambia, como mucho, alguna palabra. Luego me dice: «Enséñame el otro cuaderno», o sea, éste, y yo lo hago. Todavía estoy esperando que me diga que cambie algo importante.

—¿Tú sabías que yo soy maestro? —me dijo un día—. Antes de venir a Madrid estuve siete años de maestro en Buitrago.

Pues no lo parece; porque un maestro está para enseñar y éste no me enseña nada. Ese mismo día me dijo:

—¿Y tú cómo sabes que tienes el cociente intelectual de un chico de diecisiete años?

Cuando sale este tema, me callo como un muerto y no hay forma de sacarme palabra del cuerpo. De todos modos estoy pensando que voy a tener tres cuadernos: el azul grande, de espiral, en el que vamos a poner las cosas que quiere José Luengo, para terminar de una vez; otro, en el que escriba las cosas que le interesan a Rodolfo, y otro, en el que sólo escriba lo que no pueda leer nadie. ¡Jo, qué lío!

El que va fatal es el azul grande, que, además, ya tiene título, que se lo ha puesto el mismo Luengo: «El fronterizo de oro». Para ir preparando su lanzamiento —el del libro— ya me titula así en sus crónicas periodísticas: «¡El fronterizo de oro cabecea de modo imparable!».

Esto lo pone cuando meto algún gol de cabeza, que para mí es bastante fácil, por lo del centro de gravitación de mi cuerpo. Al haberlo conseguido situar casi exactamente, las piernas hacen de muelles y no me cuesta elevarme un poco más que los demás, y así consigo un ángulo fenomenal para largar un cabezazo seco, de arriba abajo, que desconcierta a los porteros.

En el penúltimo partido de la Liga pasó lo siguiente: ya teníamos el título en el bolsillo y nos

tocó con un equipo flojo —no lo nombro— que despejaba mucho a córner. Claro, yo en los córners es donde más me luzco, porque me los tira Beni y me coloca el balón de vicio. Les metí tres goles de cabeza, y entonces, al siguiente córner, un defensa que es un asqueroso —tampoco le nombro—, según me elevaba, me echó mano a los huevos y tiró de mí para abajo. De momento se salió con la suya, pero le pitaron el penalti. Aunque todavía me dolía, lo tiré yo, en plan bestia, de esos chupinazos que luego el balón, en cámara lenta, se ve a pepinado.

Con los defensas lo paso fatal. Comprendo que su obligación es marcarme, pero hay algunos que a media voz me dicen:

—Me cago en tu padre, niño.

Yo con esto ni me inmuta, porque no he tenido padre. Los peores prefieren llamarme mongólico, porque saben lo de mi enfermedad, y también me llaman hijo de tal.

En «Los Fronterizos» también nos insultábamos mucho, e incluso nos pegábamos. Pero ahora, ya me lo ha explicado el entrenador, lo hacen para que me ponga nervioso. Pero no todos son así; los hay que son unos caballeros y comprenden que mi obligación es meter goles. Antes de cada partido el entrenador me advierte los que son de una clase o de otra, para que tenga cuidado.

—Te juegas el menisco —me suele decir.

Yon Ying suele ir a algunos partidos, pero siempre mezclado entre el público porque no quiere que se sepa nada, y le tengo prestado ju-

ramento sobre ese asunto. Luego, me da consejos porque lo del centro de gravitación es importantísimo para todo. No sólo para chutar o cabecear, sino también para desplazar el cuerpo de manera que cuando un defensa te tira el viaje tú ya no estés en el sitio que él cree.

CUANDO LUENGO se ha marchado, Rodolfo se ha puesto enérgico y me ha dicho:

—¡Ya lo has oído! ¡Se acabó de hacer el vaina! Mañana me traigo el magnetófono y empezamos a trabajar en serio.

No se lo cree ni él. A mí la gente así me cae de miedo. No sé cómo explicarlo: yo, en los entrenamientos y después de los partidos, estoy rodeado de gente. Y cuando voy por la calle, si me reconocen los chavales, me tocan y hasta las personas mayores me sonríen; pero tengo siempre la impresión de que están mirando, tocando o sonriendo a otro que no soy yo. En cambio, a Rodolfo le intereso yo. A don Ignacio, el cura del colegio, le pasaba lo mismo. Y en otro sentido le pasa igual a la Candi: le interesa fastidiarme a mí. Quiero decir que le gustaría fastidiarme aunque no fuera un tío famoso, y la prueba es que a «El Buzo», que no es nada conocido, todavía le hace más faenas que a mí.

—Oye, Rodolfo, lo del magnetófono, no, por

favor. Tú me pones de un día para otro las preguntas que te tengo que contestar y yo lo hago. Te lo juro. Como si fueran deberes.

Se ha quedado pensándolo, como si dudara, aunque yo ya sabía que iba a decir que sí.

—Está bien. Trae el cuaderno azul.

Y ha escrito en una página en blanco:

«¿Cuándo, cómo y dónde empezaste a jugar al fútbol? ¿Cuándo te diste cuenta de que tenías una especial disposición para este deporte? ¿Quién fue la primera persona, del campo profesional, que se dio cuenta de tus facultades?»

Cómo escribirá el tío, que me lo ha tenido que deletrear para que me enterara. Una letruja pequeña, pequeña. Debía de ser un maestro de pena. Yo también he puesto cara de pena, como si fuera mucha la lección, y el tío, que es un buenazo, me ha dicho:

—Bueno, tú contesta lo que puedas y... si hay algo que te apetezca decir y no tiene que ver con las preguntas, lo escribes en el otro cuaderno.

—Vale.

A mí, sin ganas de fastidiar, me ha parecido una buena ocasión para situarme incluso por debajo de mis diecisiete años Terman, y en el cuaderno azul he puesto lo siguiente:

«Primera pregunta: Empecé a jugar al fútbol cuando era pequeño, en la escuela.

No se notaba que jugara mejor que los otros niños.

Cuando fui un poco mayor (catorce años) me sacaron de la escuela y entonces jugaba en el pasadizo del garaje de la calle Gaztambide. Jugaba

solo y tiraba a gol contra una puerta de metal que daba al taller de reparación de chapa. Pero tenía que procurar que la pelota no diese en el centro, porque entonces resonaba mucho y salía el dueño y me echaba. Por eso me acostumbré a tirar contra los lados que yo me figuraba que eran los postes o el larguero.

También había una chica, que ya no sé lo que es de ella, que le gustaba jugar al fútbol, y que para ser chica jugaba muy bien. Ella se ponía en el otro extremo del pasadizo y nos chutábamos.»

La primera pregunta me pareció que ya estaba bien y pasé a la segunda.

«Segunda pregunta: Me di cuenta de que tenía una especial disposición para este deporte cuando fui al colegio Virgen de los Remedios.»

A ésta sí que no sabía decir más.

«Tercera pregunta: La primera persona, del campo profesional, que se dio cuenta de mis facultades fue el director técnico del Athletic.»

Lo cual no es cierto, porque el primero fue don Ignacio, el cura del Virgen de los Remedios, que de joven jugó en el Tomelloso.

Era un señor mayor, pero tenía un toque de balón divino. Un día hicimos una excursión, sólo para chicos, a los pinares de Balsaín, y ya cerca de La Granja, donde hay un campo con porterías, don Ignacio se quitó la sotana y por debajo llevaba una camisa gris y unos pantalones negros. Don Ignacio era el capitán de uno de los equipos y yo del otro.

Fue el día más feliz de mi vida, con diferencia. Los dos capitanes echamos a pies, para ele-

gir equipo, y cuando nos acercábamos, me dijo por lo bajo:

—Elige los peores porque tú juegas mucho más que yo.

Me entró tal emoción que elegí los que no servían para nada. Porque entre los fronterizos hay muchas diferencias, y los hay que ya les puedes poner el balón en los pies que no lo aciertan. A algunos también les ocurre que no saben bien contra qué portería tienen que chutar, y chutan contra la que tienen más próxima, que, generalmente, es la suya.

Yo tenía que jugar arrastrando a los de mi equipo tras de mí y poniéndoselo todo muy claro para que supieran a dónde tenían que chutar. Siempre tenía que estar jugando y dando explicaciones. Por eso, cuando empecé a jugar con los juveniles del Athletic, que todos centraban de vicio, me pareció la cosa más fácil del mundo. ¡Mehuda diferencia!

Aquel día —el del partido de La Granja—, después de comer, don Ignacio me cogió del hombro y paseamos un poco. El partido lo jugamos por la mañana y, todavía sudados, el autocar nos llevó a un lugar que llaman «La Boca del Asno», por el que pasa un río. Era en el mes de mayo y llevaba bastante agua. Casi todos nos bañamos en calzones, en una poza muy grande, y don Ignacio se desabrochó la camisa y metió la cabeza hasta el cuello. El agua estaba helada, pero don Ignacio nos animaba:

—¡Por eso no se muere nadie!

La poza más grande terminaba en una casca-

da, entre piedras muy lisas sobre las que resbalabas sin arañarte, y caías en otra poza, más pequeña, pero que tenía una especie de bóveda. Cuantas más veces lo hacías, menos frío sentías. El calzón con el que nos bañamos era el de fútbol. Después fue cuando comimos y nos tuvimos que poner al sol porque el frío de antes lo sentíamos ahora.

Yo creo que era la primera vez en mi vida que salía al campo. Al menos, que yo recuerde. Alguna vez me habían llevado a la Casa de Campo, pero no es lo mismo. Había en «La Boca del Asno» un olor formidable de los pinos y, como no era domingo, estábamos solos.

En el colegio nos habían preparado de comida tortilla de patatas y filetes empanados. Hubo de más porque calcularon mal, pero no sobró nada porque teníamos un hambre terrible. Don Ignacio comía sentado apenas sobre la punta de una piedra, con mucho cuidado de no mancharse.

Los demás comíamos sentados por el suelo y los mayores ayudábamos a los pequeños, que hay algunos que comen muy mal, porque también en eso hay mucha diferencia entre los fronterizos. Un chaval pequeño se comía el pan con las hormigas que se le habían subido y don Ignacio comentó:

—No pasa nada, las hormigas tienen mucho alimento.

Uno de los mayores problemas que tenemos los fronterizos es que hacemos mal las cosas a las que las personas mayores dan mucha importancia, como es lo de comer bien con tenedor y cu-

chillo, o, si es de bocadillo, que no se nos salga lo de dentro.

También vinieron dos profesores, y uno de ellos cuenta unos chistes que te mondas y después de comer nos hinchamos a reír. Entonces fue cuando me cogió don Ignacio por el hombro y paseamos un poco. Era para decirme que ya que tenía la suerte de jugar así al fútbol, que lo aprovechase para ayudar a mis compañeros. Ya se había dado cuenta de que lo hacía, pero que siguiese haciéndolo. Yo le dije:

—Bueno, ayudaré a los peores.

Le dio la risa y me dijo:

—No, hombre, ayuda a todos. Además, tú también tienes que divertirte cuando juegues.

De repente, se paró, se puso contento y me dijo:

—Oye, ¿por qué no hacemos un equipo?

—¿Para qué?

—Podríamos jugar campeonatos con los otros colegios.

—¿Como los nuestros?

Yo quería decir que si con colegios especiales, como el Virgen de los Remedios. Pero él me contestó:

—¿Por qué? Yo estoy seguro de que podemos sacar un equipo tan bueno como el mejor. Vamos a hacer la lista de los que juegan bien.

—«El Buzo», de portero —dije yo.

Así fue como sacamos el equipo de «Los Fronterizos». Y jugamos tres años la liga escolar, y ninguno quedamos el último. Desde que yo me he ido no han vuelto a jugar en los campeonatos

escolares. Yo era el capitán y ahora soy el entrenador, pero los entreno sólo para que jueguen entre ellos o, a lo más, algún partido amistoso. El Athletic me tiene prohibido jugar con ellos.

Entonces, don Ignacio no sospechaba nada de mí, ni le extrañaba que jugase así al fútbol, porque a los fronterizos, a veces, se nos dan bien los deportes, y un chico del colegio fue campeón juvenil de los tres mil metros.

A mí, «La Boca del Asno» me parece el mejor lugar del mundo, y nunca más he vuelto. Pero volveré. Cuando tenemos algún partido importante nos concentran en Navacerrada y yo le digo a algún compañero, de los que tienen coche, que por qué no nos vamos dando un paseo a «La Boca del Asno».

—¿Qué se nos ha perdido allí, chaval? —me suelen decir.

Además, el director técnico, que es un tío muy frío, lo corta rápido:

—Oye, aquí hemos venido a entrenar y a descansar, no a darnos paseos.

6 *La escala Terman*

RODOLFO se lo ha leído de cabo a rabo y, además, varias veces. Me ha corregido bastantes cosas, principalmente de puntos y comas y de palabras que sobraban. Pero no me ha encontrado ni una sola falta de que ponga «be» en lugar de «uve», o que me falte una «hache».

—Oye —me ha preguntado—, ¿le sigues viendo a don Ignacio, el cura?

Yo me he callado y he puesto una cara rara, que en eso imito de miedo a los fronterizos, y él no ha insistido.

—Lección para mañana —ha dicho—: ¿Cuándo y por qué entraste en el colegio Virgen de los Remedios? Si contestas bien, iremos de excursión a «La Boca del Asno».

¡Qué detalle, macho! Pero nada, ni una palabra he sido capaz de escribir. O sea, que he pensado: «Seguro que me dice que se trae el magnetófono».

Aunque ya sé que no lo va a traer.

Corte, con hielo. Me ha dicho:

—¿Qué pasa? ¿No estabas inspirado? Otro

día será. Anda, vámonos a «La Boca del Asno».

Yo me he quedado de una pieza.

—¿Nos llevamos a Candi? —me ha preguntado.

Claro, yo no voy a decir que no, porque la tía vive en una casa más vieja que la nuestra, y no sale de veraneo porque el padre está en el paro. Aquel señor que me iba a pegar una torta, o que por lo menos Candi hizo lo posible para que me la pegara, pues ése es el que está en el paro. Ahora me saluda, siempre muy fino, y me presenta a amigos suyos.

Estamos en julio y hace un calor de miedo. El mes que viene empezamos otra vez los entrenamientos. Quiero decir que por mi culpa no se va a quedar en la calle Gaztambide, que por las tardes se pone que echa fuego. Pero se lo merecía, porque la última que me ha hecho es la siguiente: siempre me está pidiendo fotos para que se las dedique, y me decía que eran para las chicas de su clase. ¡Jol!, ni que hubiera un millón de chicas en su clase; me ponía a firmar y me tiraba una hora.

Al principio, las fotos se las daba yo, pero luego me pidió los negativos y ella misma sacaba copias, que eran las que me traía para firmar. Un día me dice «El Buzo»:

—«Colito» está vendiendo fotos tuyas. Con tu firma.

«Colito» tiene un puesto de caramelos justo a la entrada del teleférico de Rosales. Es un chaval pequeño, un poco mayor que la Candi, pero tiene la cara arrugada porque es muy vicioso. No

os digo más sino que vende fotos pornográficas; aparte de las mías, claro. Es una pena porque es un tío fenómeno vendiendo. Tiene el puesto de maravilla, y no son nada más que dos cajones y una tabla encima, pero con un hule que parece algo.

Tiene de todo: pipas de girasol y de calabaza, pica-pica, palulú, chicles de varias clases, piruletas, chupa-chups, caramelos y toda clase de cromos. Si algún día mi tío me deja poner un negocio, lo pongo con él. Eso es seguro.

Por ejemplo, llega un padre bien vestido, de esos que no preguntan lo que valen las cosas, pide dos chupa-chups y el tío le clava cinco duros. En cambio, otro ejemplo, un domingo llega una madre rodeada de niños, frita ya de aguantarlos, con los niños queriendo comprar todo el puesto, y él se pone como si fuera una persona mayor en plan de colaborar:

—¡A ver, niños, cada uno sólo puede pedir una cosa, y no gritéis porque mamá está muy cansada!

Lo dice porque sabe que, si no, la madre se cabrea y se los lleva a todos sin comprar nada.

Yo le dije:

—Oye, «Colito», ¿y tú por qué vendes fotos mías?

—¡Coño! Porque se las he comprado a la Candi.

Rodolfo no es partidario de que ponga tacos en lo que escribo, pero es que el que he puesto es de los más finos de los que dice «Colito».

—Pues os voy a denunciar a los dos.

Por un oído le entra y por otro le sale. Si no le tiene miedo a los municipales, y eso que vende sin licencia, no me lo va a tener a mí. La Candi y él se llevan de maravilla.

Desde que descubrí lo de las fotos, salí perdiendo; aunque comprendo que la culpa es mía, porque muchas veces me doy un paseo hasta la cafetería del teleférico, que es donde tiene el puesto «Colito», para ver cómo vende. También por lo de las fotografías pornográficas. Si hay algo que me fastidie es hacerme el bueno. Yo es que no puedo con los tíos que se hacen el bueno. Como el presidente del Athletic, que todos dicen que es como un padre. Pero si así son los padres, prefiero no haber conocido al mío.

A mí, el que «Colito» venda mis fotografías me trae sin cuidado, y si protesto es porque en estos casos hay que protestar. Pero que venda fotos de señoras desnudas me sienta fatal. Y qué tías más asquerosas. Me gustaría que «Colito» hablase con don Ignacio a ver si le convencía. Pero échale un galgo a ese tío. La tiene tomada con los curas.

—Pero, ¿tú has conocido alguno? —le pregunto.

—Yo, a ninguno; pero por si acaso.

Desde que descubrí lo de las fotografías salí perdiendo porque, si me acerco al puesto, seguro que «Colito» aparece con un amigo que tiene una foto mía y quiere que se la firme.

Además, lo hace con todo descaro: se fija en algún chaval que tenga buena pinta, o en un tío que va con su novia, les enseña mi foto —él las

sigue sacando de los negativos, claro— y luego me señala a mí. Los tíos dudan porque se creen que es algún timo, pero acaban reconociéndome y a algunos les interesa. O sea, que ahora ya no sólo las firmo, sino que tengo que poner alguna dedicatoria: «A fulanito, o fulanita, con todo afecto, Senén».

Lo bueno que tiene Candi es que, aunque ha quedado fuera del negocio, no le importa, porque se lleva de miedo con «Colito». A veces, para compensarla, «Colito» la deja al cuidado del puesto y él se va. La Candi también despacha muy bien, pero le queda mucho que aprender. Por ejemplo, si un chaval le cae mal, no le vende. En cambio, «Colito» vende a todo dios, aunque luego, por lo bajo, se cague en su padre.

El problema que yo tengo para llegar a cumplir los dieciocho años de la escala Terman es que a mí me gustan las cosas de los pequeños, como estas que estoy contando, que son una chorrada y sólo le interesan a Rodolfo, que a saber cómo estará en la escala Terman. Pero que conste que a mí, por fuera, me encanta ser mayor. Y la prueba es que, a menos que haga mucho calor, como ahora, siempre voy con corbata. Lo que no puedo es interesarme por las cosas de los mayores, que son un rollo sin sentido.

A mí, que a Candi le guste vender en el puesto de «Colito» me parece normal, y la prueba es que las otras niñas se la quedan mirando con envidia. Y se comprende. Pero que al presidente del Athletic lo único que le guste sea salir en la televisión, a poder ser con la Reina, no lo en-

tiendo. Una vez, pase; pero si de él dependiese saldría todos los días y además varias veces cada día.

Digo lo de la Reina porque precisamente cuando le conocí estaba con ella, porque hubo un lío que fue el siguiente: había un Patronato de Subnormales, que presidía la Reina, y nosotros no estaba claro si pertenecíamos a él o no. El caso es que se había organizado un partido benéfico a favor de ese Patronato, entre uno de los equipos juveniles del Athletic y el nuestro. Me refirió a «Los Fronterizos», que era con el que yo jugaba entonces y no habíamos quedado los últimos, ni mucho menos, en el campeonato escolar.

Me acuerdo de que los periódicos anunciaron el partido hablando de la función del deporte como una solución para que el retrasado mental fuera, en lo posible, un miembro útil de la colectividad.

Al principio se organizó el partido en uno de los campos de entrenamiento del club, que es de albero, una tierra amarillenta que permite un buen toque de balón, y además tiene una pequeña grada. Pero cuando la Reina aceptó asistir, lo trasladaron al de hierba y mandaron muchas invitaciones con donativo mínimo.

Para que la cosa quedara bien, los de mi club —los de mi club actual— se enteraron de cuál era la edad mental de nuestro equipo, porque ya he explicado que nuestra edad mental no se corresponde con nuestra edad cronológica.

Esto lo voy a explicar porque me lo sé muy bien y lo he leído en varias enciclopedias. La

edad mental se representa por EM y la edad cronológica por EC, y con eso se hace una ecuación, multiplicando por cien para evitar decimales. Estoy explicando la escala Terman, que es el nombre del que la inventó. Se representa así: $CI = EM/EC \times 100$. CI es el cociente intelectual y en mi caso es EM (diecisiete años) dividido por EC (veintidós años), multiplicado por 100 me da un cociente intelectual de 77, que está muy bien para un fronterizo. Si tienes más de 85, ya no eres fronterizo.

Yo no sé si lo he complicado por meter la fórmula, pero la realidad es que es muy sencillo y lo explico otra vez: la edad cronológica son los años que llevas viviendo, que en mi caso son veintidós. En cambio, la edad mental son los conocimientos que tienes, que en mi caso son los de un chico de diecisiete años. Pero no para todo. Por ejemplo, para las matemáticas estoy como un niño de trece años y, en cambio, en expresión oral y escrita me defiendo mejor que muchos del equipo que son mayores que yo. Eso es lo que me hace sospechoso.

De todos modos, la escala Terman, con ser importante, no lo es todo en el asunto de los fronterizos. Hay chicos que no están mal de CI (cociente intelectual), pero resulta que tienen un problema de control de esfínteres y éstos son los que peor lo pasan. Ningún chico sabe su CI, porque es secreto, y cada uno tiene su expediente guardado bajo llave en el despacho del director. Pero yo sí sé el mío.

Bien, para que el partido resultara interesan-

te, los del Athletic preguntaron por la edad mental de nuestro equipo, que era como de unos quince años de promedio, y nos sacaron el equipo de los chavales. O sea, el equipo juvenil más joven que tenían. Pero, claro, nosotros abultábamos mucho más porque todos éramos mayores.

Al principio, los juveniles estuvieron simpáticos, porque ésas eran las instrucciones que habían recibido, me juego la cabeza y me lo estoy imaginando. Además, jugaban mucho más y se colaban fácil. Así que los fronterizos empezaron a dar golpes, porque yo lo tengo observado, y es uno de nuestros problemas: si un jugador les regatea mucho, los fronterizos acaban yendo al cuerpo. Los juveniles son chicos de barrio que quieren hacer carrera en el fútbol y les fastidia que los vayan a desgraciar. Por eso uno se cabreó y dijo:

—¡Jodé con los mongólicos estos!

Con tan mala suerte que lo oyó «El Buzo» y lo tumbó de un puñetazo. Se paró el partido, disimulando, porque la Reina no perdía la sonrisa, y el presidente no digamos, porque estaban las cámaras de televisión. El árbitro tuvo la buena idea de pitar el final del primer tiempo sin que nadie se extrañara, porque, como era un partido benéfico, los tiempos no tenían por qué ser reglamentarios.

Luego, como yo era el capitán, el árbitro me echó un sermón en los vestuarios, de unas dos horas, y además no quería que «El Buzo» saliera en el segundo tiempo. Eso era imposible porque es el único del equipo que para bien.

Luego, les echó otro sermón a los juveniles y, antes de salir otra vez, nos reunió a los dos equipos. Nos hizo darnos la mano (aunque yo ya le había explicado que nosotros no estábamos enfadados, sino que a veces nos pasaban estas cosas) y nos echó el último sermón a todos juntos, insistiendo mucho en que no podíamos hacer esas cosas delante de la Reina y que seguramente sería la única oportunidad de nuestra vida de jugar delante de ella. Yo creo que, de puro aburrimiento, el árbitro se salió con la suya.

También influyó que, cuando salíamos, don Ignacio me dijo:

—Lo que tienes que hacer es conducir tú el partido y procurar controlar lo más que puedas el balón.

Así lo hice y me salió bien. En mi vida me he cansado tanto. Ni cuando tuvimos que jugar las dos prórrogas en la final de la Recopa del año pasado, porque en el equipo, ahora, jugamos todos, y mi obligación principal es buscar una buena posición para tirar a gol y siempre la acabo encontrando.

Pero en aquel partido, por una parte tenía que procurar tener el balón para evitar líos. Pero como no me gusta echar fama de chupón, también tenía que dar juego a los compañeros. Además, si en un partido sólo juega un tío, resulta aburrido.

Trabajé como un negro porque había que quitarles el balón a los contrarios, que al principio del segundo tiempo hacían lo que les había dicho el árbitro (dejarnos jugar). Pero cuando metí dos

goles, se picaron y, aunque eran chavalines de quince años, se me pegaban como lapas. Y además, que los tíos jugaban...

Cuando pitó el árbitro el final del partido, me caí redondo. No podía con mi alma. Don Ignacio se me acercó con una cara rara y me dijo:

—Te has portado, Senén.

Parecía emocionado y a mí me entraron ganas de llorar. Si la escala Terman fuera más completa, yo, para la cuestión de los llantos, estaría en los ocho años. ¡Soy de pena para eso...!

El director técnico, que es el tío más frío que he visto en mi vida, entró en el vestuario sin saludar a nadie y sólo me preguntó a mí:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir veinte —eran los que tenía entonces.

—Es un error que juegues de centrocampista. Desde ahora jugarás de delantero centro.

A mí me gustaba más jugar de lo otro. Pero en el equipo, lo que dice el director técnico es como si lo hubiera dicho Dios.

7 Segunda excursión a «La Boca del Asno»

HE soltado todo este rollo porque a lo mejor yo estoy jugando en el Athletic gracias a que en aquel partido conseguí que la Reina no perdiera la sonrisa, y luego saliéramos todos en la televisión dándonos copas y apretones de mano. Aunque a mí apenas se me veía. Pero, en cambio, el presidente salió varias veces y siempre en primer plano, pegado a la Reina.

Ésas son las cosas de las personas mayores que yo no entiendo. Porque a mí me parece natural que don Ignacio me dijese aquello, lo de conducir el equipo para que «Los Fronterizos» no quedásemos como unos cerdos, pero la matraca del árbitro sobre la Reina era inaguantable.

Lo mismo que cuando ahora el presidente nos va a visitar a una concentración de esas que tenemos en Navacerrada, y nos cuenta mil quinientas veces que él empezó de la nada. Yo es que a un tío de más de cuarenta años no lo aguanto. Bueno, Rodolfo debe de tener ya los cuarenta años, pero ése, en la escala Terman, debe andar más o menos como yo.

Fuimos a buscar a la Candi, que siempre está en la calle. Por la mañana, en la acera de la derecha; y por la tarde, en la de la izquierda, o sea, en la que dé la sombra.

—¿Hay que llevar traje de baño? —preguntó.

—Claro —le contesté yo con cara de asco y sin bajarme del coche.

Hay que hablarle siempre así para que se dé cuenta de que estás enfadado, porque con ella conviene estar enfadado para evitar problemas.

Pero se puso roja de emoción cuando se enteró de que nos íbamos a bañar. Desapareció dentro del portal de una casa, y al poco apareció la madre por una ventana (viven en el primer piso), seguro que para ver si era verdad que iba conmigo. Porque de la Candi no se fían en su casa ni un pelo. Y hacen bien.

—¿Se van a bañar? —nos preguntó.

—Sí, señora —dije yo, sacando la cabeza por la ventanilla.

Pero Rodolfo, que es un tío muy fino, se bajó del coche y le explicó educadamente con todo detalle:

—Vamos a «La Boca del Asno», de excursión. Está por Balsaín.

—Tengan mucho cuidado.

—Sí, señora, descuide.

Al minuto apareció la Candi y eso que se había cambiado de vestido. También llevaba un bolso grande y se sentó como si fuera una persona mayor. La vuelve loca ir en coche. En los labios se da con una barrita que saca brillo, y pro-

cura peinarse como si fuera mayor. Cuando está de buenas, es mondante.

Luego, pasamos por el colegio a recoger al maestro Yon Ying, que le pasa lo que a Candi: en el coche se pone apacible (Yon Ying, en chino, significa «El apacible»), estático, sin dejar de mirar por las ventanillas y casi sin hablar. Pero aquel día, cuando subíamos el puerto de Navacerrada, que olía muchísimo a pinos, nos dijo:

—No es el coche el que se mueve. Son los árboles los que colen.

—Eso he pensado yo siempre —dijo Candi.

—¡Qué chorrada! —dije yo, pero refiriéndome a Candi, porque yo a Yon Ying nunca le discuto.

Entonces, Rodolfo, que ha sido maestro en Buitrago muchos años, dijo:

—No, no es ninguna tontería. Según la teoría de la relatividad puede ser cierto lo que ha dicho Ernesto —es como le llamamos, en la calle, a Yon Ying.

Me callé, fastidiado de que todos en el coche, menos yo, creyeran que los que se movían eran los árboles.

«La Boca del Asno» al principio no la reconocí, porque la hierba estaba más amarilla y el río llevaba menos agua. Pero enseguida entramos en acción y me volvió a parecer un sitio formidable. Porque lo es. Sobre todo, cómo huele.

La Candi se fue detrás de unos árboles para desnudarse y volvió en biquini. Pero con un biquini mondante, porque, como por arriba está plana, esa pieza sólo hace de adorno. Y encima

lo delgada que está y blanca, blanca, porque es un poco rubia. Pero la vi tan encantada que ni le gasté una broma.

El agua estaba igual de fría que en la primavera. Además, como era por la tarde, en la poza grande daba un poco de sombra y por eso parecía, todavía, más fría. La Candi metió un pie y dijo que allí no se bañaba. Pero nos bañamos más que nunca. Sobre todo ella y yo.

Yon Ying hizo lo siguiente: se quitó la blusa, se descalzó, se remangó los pantalones y, con mucho cuidado, tanteando los guijarros del río, que eran redondos y resbaladizos, se puso debajo de la cascada como si fuera una ducha. Caía mucha agua y los pelos de la cabeza, que son pocos, pero largos, se le pegaron a la frente y en las mejillas. Candi se reía y Ernesto correspondía, porque le parece muy bien que la gente se ría. Dice que es muy sano. Quiero decir que Candi se reía de su pinta. Pero a él no le importaba.

Luego se puso —siempre debajo de la cascada— en una de las posturas previas a la situación más exacta de su centro de gravitación. Ya he explicado que sólo una persona entre diez millones es capaz de situar exactamente su centro de gravitación. Ernesto, naturalmente, es uno de ellos, y yo estoy a punto de conseguirlo. Pero, a pesar de todo, él cree que puede mejorar su propia situación.

Yo, la otra vez lo expliqué mal, porque pudo sacarse la conclusión de que lo del centro de gravitación del cuerpo humano es sólo para poder chutar mejor. Pero la realidad es que sirve para

todo, incluso para ponerte debajo de una cascada de hielo y que ni lo sientas. Supongo que también servirá para parecer más joven, porque Yon Ying, con el pecho al aire, no parecía un viejo de cien años. Él no me ha dicho que los tenga, pero en el barrio todo el mundo lo comenta.

Mi barrio es el de Argüelles, en Madrid, y mi calle es la de Gaztambide. Nosotros vivimos casi esquina a Alberto Aguilera, o sea, que bajando un poco llegamos al paseo de Rosales y al Parque del Oeste. El colegio Virgen de los Remedios está allí mismo, y el maestro Yon Ying trabaja en él. Ya explicaré cómo, en el caso de que me deje José Luengo.

En la calle Gaztambide, por las tardes, hace un calor que te puedes morir, y en «La Boca del Asno» es todo lo contrario. Nos bañamos tanto que Candi se puso morada. Y no es un decir, sino que su cuerpo, tan blanco, se le iba poniendo azul, y no había forma de sacarla del agua. Rodolfo sólo se había mojado los pies y Ernesto hacía tiempo que seguía en postura apacible, pero ya fuera del agua. Nos tiramos un millón de veces desde la poza grande hasta la pequeña, resbalando por la cascada, y Candi se agarraba a mis hombros porque decía que le daba miedo. Pero en realidad lo hacía para hundirme al llegar abajo y darme ahogadillas. Tiene tan mala uva que te da unas ahogadillas que, si te descuidas, te ahoga de verdad.

A mí lo que me gusta, tanto de Rodolfo como de Ernesto, es que nos miraban muy apacibles los dos. A veces hablaban entre sí, pero no nos

daban ningún consejo de hacer esto o hacer lo otro. Y eso que yo tengo terminantemente prohibido por el club el nadar, porque no nos conviene para los músculos. La natación alarga la musculatura y nosotros la tenemos que tener de la otra manera. Seguro que si está José Luengo allí, me hubiera dicho algo. Aunque el tío no entiende nada de fútbol.

Cuando llega el verano, el director técnico nos echa un sermón, muy corto, pero muy frío:

—Prefiero que os acostéis cada día con una tía, antes de que nadéis.

Cuando dice esto, todos los del equipo se ríen de una manera asquerosa. Si yo me quedo serio, siempre hay alguien que me diga:

—¡Chaval, a ver si te espabilas!

En cuanto salimos del agua, la Candi se puso a tiritar que daba miedo. Pero Yon Ying, con esa maestría que tiene para todo lo del cuerpo humano, la envolvió en una toalla, la tumbó en una parte en donde todavía daba el sol, y eso que eran las ocho de la tarde, y le empezó a dar un masaje que yo ya conozco y que te deja nuevo. Le volvió el color a la cara y parecía como un gato cuando le acaricias el lomo.

Yon Ying tiene unas manos finas, apenas arrugadas, y con ellas puede matar a un hombre si quiere. Rodolfo le miraba hacer, pensativo, porque hay grandes dudas sobre si es verdad o cuento chino lo de que Yon Ying me haya enseñado un secreto para chutar como lo hago.

Allí mismo hay un merendero, y nos pusimos tibicos. Todos menos Yon Ying, que sólo bebe té

de jazmín y allí no lo tenían, claro. En cambio, Candi se tomó una ensalada mixta y tres latas de mejillones.

—Que te va a hacer daño —le decía yo.

—No seas roña, hombre. ¡Para un día que invitas...!

Porque había dicho que invitaba yo, que era el que tenía ganas de venir a «La Boca del Asno». Además, por ahora, desde que mi tío admitió el *similia similibus curantur* y me da parte de mi dinero para curarme la enfermedad de ganar tantísimo, siempre ando sobrado. Pero cuando fui a pagar, ya había pagado Rodolfo. Es único el tío, con la de hijos que tiene. Estoy seguro de que si es José Luengo —que está forrado de pasta—, se deja invitar. Yo me hice el ofendido, pero Rodolfo me dijo:

—Otro día pagarás tú.

—Eso —dijo la Candi—, otro día, y así venimos con «El Buzo», ¿vale?

«El Buzo» no ha podido venir porque está en un campamento de verano, pero vuelve a fin de mes. «El Buzo» también vive en Argüelles.

Qué bien se lo ha pasado la Candi. Ha bebido vino tinto con gaseosa porque dice que en su casa le dejan, y ha imitado a todas las profesoras de su colegio, que es el instituto, y hasta Ernesto se ha reído. ¡Qué tía! Yo no lo puedo explicar porque eso es para verlo. Nosotros, naturalmente, no conocemos a sus profesoras, pero seguro que tienen que ser como ella las imita. En otra mesa estaban dos chavales que no hacían más que mirarme porque el padre les había dicho quién era.

Además, tenían un balón de esos de plástico, que les falta toque, y de vez en cuando se levantaban de la mesa y se chutaban el uno al otro para ver si yo los miraba. Hasta que la Candi ha dicho en voz alta:

—Anda, Senén, chútales, que les hará ilusión.

Sabe que es lo que más me fastidia y por eso lo dice. Y no una vez o dos: lo repite hasta que me tengo que levantar y temprarles un par de balones. Luego, claro, el padre me da las gracias muy emocionado, y si no tienen otra cosa a mano, les tengo que firmar en una servilleta de papel.

Bueno, pues hoy me he enterado de que la Candi tiene catorce años. Pero representa mucho menos. Yo no sé dónde mete todo lo que come.

8 *Escribir en verano*

HOY, por primera vez desde que nos conocemos, Rodolfo me ha dicho con cara seria:

—¡Esto es un desmadre, Benén!

Se refiere a lo que estoy escribiendo y, sobre todo, a lo que iba a contar de una hermana de Candi, que sólo tiene un año, y a mí me parece que es una cosa interesante.

El desmadre es porque José Luengo está fuera, dando en una universidad de verano una conferencia que se titula: «La agresividad en la información deportiva. Características del reportero». Lo sé porque lo he leído en el periódico. Yo no lo leo para mí, sino para mi tío, que ve poco.

Ve poco cuando pasea por el canalón de cinc del pasillo, que está oscuro, tomando su baño de pies. Pasea casi dos horas y, como es muy aburrido, yo le leo el periódico, que también es muy aburrido. Por eso yo leo muy bien en voz alta y también escribo casi sin faltas, aunque no sea más que de fijarme en lo que leo. Yo le he dicho a mi tío que, si se diera los paseos de agua

en el arroyo de «La Boca del Asno», sería todavía mucho más homeopático. Y él se ha quedado pensativo. Se lo he dicho porque a mí «La Boca del Asno» me parece el mejor sitio del mundo y pienso que debían ir todos a conocerlo.

—Con la cantidad de países que has visitado, ¿no has visto nada que te guste más? —me ha dicho Rodolfo.

Se refiere a los países que visito con el equipo, que yo no digo que no vayan a tener sitios tan bonitos, o más, que «La Boca del Asno». Pero yo no los conozco porque, cuando vamos a jugar, casi nunca salimos del hotel. O nos sacan a dar un paseo por una calle que a mí me parece siempre la misma. También nos suelen enseñar algún castillo.

—Compréndelo, Senén, es que no cuentas nada de fútbol. Al fin y al cabo nos hemos comprometido a escribir un libro sobre tu vida, no sobre la vida de tus amigos, aunque comprendo que son unos tíos muy curiosos.

Yo me quedo callado. Le veo preocupado, porque José Luengo va a regresar de un día para otro y a ver qué le enseñamos.

—Rodolfo, no lo hago por fastidiar, pero es que no se me ocurre nada.

Como él tampoco entiende mucho de fútbol, no me puede ayudar. El problema es que él estaba contratado para corregir mi estilo, pero resulta que mi estilo le parece bien y, en cambio, no cuento nada de lo que tengo que contar.

Hace un calor en la calle Gaztambide, de miedo. ¡Vaya un mes de julio que estamos teniendo!

do! Mi tío dice que nuestro piso es muy fresco. Yo no sé de dónde lo saca, porque es que te achicharras, sobre todo por las tardes, que es cuando viene Rodolfo. Lo previsto es que yo escriba por las mañanas y por las tardes él me corrija. José Luengo nos suele decir:

—Tiene que ser un libro fresco, espontáneo. Tú, fenómeno, escribe todas las chorradas que se te ocurran, por eso no te preocupes.

Pero parece ser que me estoy pasando en lo de las chorradas. Cuidado que le vec decaído a Rodolfo.

—Oye, si te parece, para mañana te cuento la final con el Bayern de Munich. Tuvimos que jugar los dos tiempos de la prórroga y desempatar a penaltis.

Rodolfo accede, pero con un poco de desconfianza. Y no le falta razón. Le he pedido a mi tío toda la colección de periódicos donde salgo yo y me ha costado un mundo encontrar lo de la dichosa final. Empiezas por no saber lo que pasó, porque, como estabas jugando, no te enteras de nada. Por lo visto nos tiraron botellas y José Luengo —que escribe una crónica larguísima— salvó la vida de milagro. O sea, que lo mejor sería copiar la crónica de Luengo y asunto acabado. Se lo digo a Rodolfo y no le parece mal la idea.

—Eso le gustará —me dice—, pero pon algo de tu cosecha.

De acuerdo.

«En un ambiente de gran tensión, con los graderíos hirviendo de emoción, con las banderas de

ambos países ondeando, con los hinchas, etc., llega el momento de tirar los penaltis, entre otros el mío, que era decisivo, según explica de maravilla José Luengo. Bien, yo no había fallado nunca —que yo recuerde— un penalti, y llegó aquel momento y tampoco lo fallé.»

—Y ¿eso es todo? —me dice Rodolfo, desilusionado.

Nos quedamos callados, y al poco él insiste:

—Pero alguna anécdota tendrás, algo te diría el capitán del equipo cuando fuiste a chutarlo.

—Siempre me dice lo mismo: «Tú, tranquilo, chaval».

Hoy hace un poco menos de calor y Rodolfo se sonríe.

—Eres la liebre —me dice.

A mí, el dar esa sensación me conviene. Sobre todo con Rodolfo, que a veces me mira de un modo que parece que ha descubierto el secreto. Por eso me alegro cuando no me sale una cosa, aunque en este caso no ha sido aposta, sino que a mí, lo juro, no se me ocurre qué contar de la tanda de penaltis que tiramos aquella tarde.

Decididamente voy a contar la historia de Ernesto, que es impresionante, y tiene algo que ver con mi carrera. Ya después le pediré permiso a Ernesto para pasarla al cuaderno azul. No me queda más remedio que contar algo con garra porque ya ha vuelto José Luengo, exigiendo. Menos mal que le ha parecido fenómeno la idea de incorporar su crónica de la final con el Bayern, con comentarios míos.

—En ese partido —ha dicho— me jugué la

vida. Me pasó rozando una botella de cerveza, que, si me acierta, no lo cuento. Yo estaba en primera línea.

Eso ya se sabe. José Luengo se pone en la banda, y a veces se mete dentro del mismo campo y le tiene que echar la policía. Por eso es tan famoso.

—Yo creo —ha dicho también— que habrá otras crónicas mías que se puedan aprovechar.

Rodolfo, en plan cínico, ya le voy conociendo, le ha dicho:

—Podríamos coger todas tus crónicas, desde que empezó a jugar éste, y nos podrían servir de estructura del libro.

Se ha quedado pensativo y ha condescendido.

—De acuerdo. Pero que éste (por mí) cuente algo personal.

Aunque exigente, está en mejor plan, porque se le ve encantado con su conferencia en la universidad. Nos ha contado que fue el único día del ciclo que la sala se llenó de bote en bote y que el coloquio duró más de dos horas. Además, por fin van a crear en la Facultad de Ciencias de la Información una cátedra sobre periodismo deportivo, y quieren que la lleve él.

—No sé de dónde voy a sacar tiempo —nos dice.

—Eso te conviene —le suelta Rodolfo en plan cínico, ya lo he dicho.

Él lo admite resignado, pero le recuerda a Rodolfo que ya es asesor personal del ministro de Cultura.

Cuando nos vemos con José Luengo, no es en

Gaztambide, eso no lo he explicado, sino que vamos a su oficina, que la tiene en la Torre de Madrid, que está en la Plaza de España. ¡Menuda oficina! Tiene, por lo menos, que yo sepa, dos secretarías, y siempre están entrando periodistas para consultarle cosas, porque ahora también prepara guiones para televisión. Le llaman mucho por teléfono desde los clubes, los periódicos, la radio, la televisión, y un día que estábamos con él, le llamaron del Palacio de la Moncloa.

—Bueno, fenómeno —me dice—, yo creo que la cosa marcha —lo dice porque hace tiempo que no se asoma al cuaderno azul—. Ahora a trabajar. Y ya sabes, cuenta cosas tuyas que tengan garra.

Luego, le dice en un aparte a Rodolfo, en esa clave que usa el tío, que es que te mondas:

—Y éste, ¿de gachís no tiene nada que contar? ¿Es que a estos sujetos no les funciona el aparato?

Pues te vas a fastidiar, cacho marrón, porque ahora te largo la historia del chino, te guste o no.

9 Yon Ying y «El Sargento»

CON el lío de los cuadernos ya no me aclaro ni yo. En el azul copio cosas de los periódicos, pero, de repente, meto otras que no se corresponden. Y en los otros dos, ya sí que va todo mezclado. Yo había pensado que en el tercer cuaderno pondría cosas que no podría leer nadie, pero ahora ya no sé cuál es, exactamente, el tercer cuaderno. El caso es que Rodolfo mete mano en los tres, y hay días en que se queda desolado por el lío, y otros en que dice:

—Bueno, no te preocupes, al final ya ordenaremos todo.

Me insiste en que no me preocupe, pero sobre la base de que escriba más sobre mi carrera y menos sobre mis amigos. Hemos quedado en que sobre Ernesto sí puedo escribir, porque más que un amigo es un maestro.

BIEN, CUANDO LE CONOCÍ no sólo no era un amigo, sino que era *el hombre del saco*. Pongamos que yo tendría entonces nueve o diez años. Todavía no habían construido «El Corte Inglés» de la esquina. Había más tiendas pequeñas y menos cafeterías. Ernesto vestía con una blusa, más o menos como la que usa ahora, y llevaba pantalones bombachos porque iba siempre en bicicleta, con un saco a la espalda, recorriendo una a una todas las papeleras, de las que cogía papeles hasta reunir ocho kilos, que luego vendía por veinte pesetas, que era todo el dinero que necesitaba para comprarse arroz y té de jazmín.

Puesto que era *el hombre del saco*, en sus labios flotaba una sonrisa peligrosa, que es la misma que tiene ahora, pero entonces me parecía peligrosa porque todavía vivía mi madre, que era la que me amenazaba con el hombre del saco, es decir, con Ernesto. Había otras madres que opinaban lo mismo.

En cambio, mi tío se enfadaba porque, si no creía en Dios, menos, todavía, podía creer en el hombre del saco, en un hombre que tiene un saco en el que, aunque sea pequeño, puede meter a todos los niños que se portan mal. Y hay que tener en cuenta que raro es el niño que alguna vez no se porte mal. Ya sé que lo que voy a decir es broma, pero la prueba más cierta de que el hombre del saco no existe es que todavía no se ha llevado a Candi. Mi tío se lo tomaba muy en serio y me decía solemnemente que el hombre del saco era una superstición. Pero mi madre le replicaba

que podía ser un loco peligroso (Ernesto) del que no sabíamos nada.

—¡Eres y has sido siempre una simple y por eso te ha pasado lo que te ha pasado!

Mi madre lloraba cuando le decía eso mi tío. Yo también debería de haber llorado porque «lo que le había pasado» era yo. Es decir, yo ya me había dado cuenta, en cuanto fui un poco mayor, de que yo no debía haber pasado. Pero con bastante confusión. Pensaba que unos debían haber pasado a este mundo y otros no. Y yo era de estos últimos.

A mi tío nunca le ha extrañado lo de mi debilidad mental, porque mi madre era igual. Cuando se murió, me dijo:

—Ya ha descansado la pobre mujer.

Un día, don Ignacio se cabreó conmigo:

—¿Y a ti quién te ha dicho que tu madre era una pobre mujer?

—Mi tío —le respondí yo.

—Pues lo será para él, no para ti.

A don Ignacio le pone enfermo que alguien no quiera a su madre, porque dice que no hay madre mala, y que la más mala de ellas en algo se parecerá a la Virgen. Don Ignacio para la Virgen María es algo especial; cualquier chorradita que diga sobre ella el Evangelio, lo cuenta que se tira tres horas y se te pasan volando. Me refiero a cuando nos predicaba en la capilla del colegio.

Bien, yo de Ernesto, de cuando se ganaba la vida recogiendo papeles en bicicleta, no sé más. Me parecía igual de viejo que ahora y, sin em-

bargo, se subía la cuesta de Rosales sin el más mínimo esfuerzo. ¡Quién se iba a imaginar que era porque tenía el centro de gravitación supercolocado!

Después fue cuando empezó a trabajar en el colegio Virgen de los Remedios. Pero a su manera. Seguía recogiendo papelote, pero por las noches dormía en el colegio. Como si fuera un guarda.

Lo que entonces le sucedió es algo terrible, y una parte de ello apareció en los periódicos y otra la sabemos los del barrio. En el colegio nunca se habla del asunto, aunque supongo que el director conocerá más detalles. Yon Ying no oculta que estuvo en la cárcel, pero tampoco lo cuenta. Yo todavía no iba al Virgen de los Remedios. Cuando los fronterizos nos zurrarnos, se pone triste, y alguna vez nos dice:

—No hay delecho a matal ni al tío más asqueroso del mundo.

Los que estamos en el secreto ya sabemos que se refiere a que un día fue a donde «El Sargento» y le dijo que quería venderse. «El Sargento», como explicaron los periódicos, compraba niños y los ponía a pedir limosna. También tenía mujeres que las empleaba para lo otro.

Yo no comprendo cómo hay madres que pueden vender a sus hijos y me gustaría que me lo explicara don Ignacio.

Hay en el colegio una chica, que ahora es mayor y dicen que es muy guapa, aunque a mí no me gusta. Está de monitora en el taller de trabajos manuales. Entonces era mucho más joven, y dicen que todavía era más guapa, aunque supon-

go que a mí tampoco me gustaría. Es fronteriza, pero ahora casi no se le nota. Por fuera, nada, desde luego. Siempre va muy bien arreglada.

Voy a explicar una cosa para que se entienda mejor: a los fronterizos no se nos notaría tanto si no fuera por «la complejidad de las estructuras sociales» (esto lo he copiado de la enciclopedia). O sea, que hace unos años, cuando la gente trabajaba en el campo y en cosas así, un fronterizo pasaba casi desapercibido. Sería un poco más tonto que los otros, pero nada más. Ahora, en cambio, como hay que saber mucho para cualquier cosa, en cuanto te retrasas un poco, ya eres fronterizo.

Bien, esta chica, como se dedica a trabajos manuales y, por lo visto, borda unos manteles de maravilla, pues da lo mismo que sea fronteriza o no. Da lo mismo ahora; porque, cuando he empezado a contar la historia, tenía diecisiete años, pero parecía mayor. Y así como ya he explicado que hay algunos que no se controlan los esfínteres, ésta no se controlaba lo otro.

El caso es que se enteró un tío del barrio, ya mayor, no digo su nombre, aunque ya no vive aquí, y por las noches se la llevaba al Parque del Oeste. Cómo sería de asqueroso el tío, que en el bar presumía de lo que hacía. (Yo no digo los nombres de las personas que han hecho algo malo, o que les ha pasado algo malo a ellos, porque don Ignacio insiste mucho en eso.)

Era el tío más degenerado de todo el barrio, y si no se llega a marchar, le matan también a él. Bueno, no estoy seguro, porque parece que a al-

gunos les parecía bien lo que hacía con Amparo. La prueba es que se atrevía a contarle en el bar.

Aunque parezca mentira, la chica desapareció. Y era porque el tío ese se la había vendido a «El Sargento». Yo siempre pregunto: «Pero ¿es que no tenía padres?» Pero nadie me sabe contestar. La vida es muy misteriosa, e incluso la gente con todas sus luces sabe muy poco de casi todo.

El director del colegio lo denunció a la policía, pero cuando supieron que era una chica mayor, le dijeron que era muy difícil que apareciera.

El maestro Yon Ying, que ya trabajaba en el colegio, de guarda nocturno, parecía que no se enteraba de nada y que no le importaba lo que le pasase a Amparo. Parecía que su único trabajo, por las noches, era dormir en la portería, pero, en realidad, estaba en posición de yoga, con el cuerpo inmóvil para que los sentidos estuvieran despiertos.

Una vez que unos gamberros quisieron saltar la tapia, al instante apareció frente a ellos el maestro. Cuando le vieron tan viejo, empezaron de cachondeo. Pero a lo bestia, porque arrancaron tejas de lo alto de la valla y se las tiraron. A pesar de estar encima de él, no le acertaron ni una. Y de repente, Yon Ying hizo un movimiento con la mano derecha, y el que más gritaba se cayó desde lo alto a la calle y se rompió un brazo. Yon Ying no le había tocado; sólo había hecho el movimiento con la mano. Yo no se lo he visto hacer, pero sabemos que lo puede hacer.

Yon Ying se entera de todo aunque esté en su postura apacible. Por ejemplo, sabía lo del señor

que se llevaba a la chica, por las noches; al Parque del Oeste. Un día le pregunté:

—¿Y por qué no se lo contaste al director?

Se le puso una cara muy triste. La cara la tiene siempre igual, y yo soy uno de los pocos que sabe cuándo está triste o alegre. La Candi también lo sabe. ¡Menuda es! Pues se le puso una cara muy triste y me contestó:

—Se lo dije cuando ya ella talde.

También me dijo que fue la única vez que vio a don Ignacio enfadado con él. Yon Ying tiene un gran respeto por don Ignacio porque dice que, cuando él se muera, su centro de gravitación se lo comerá un gusano y dejará de existir para siempre. Por eso dice:

—El centro de gravitación de don Ignacio es mejor que el mío.

Además, el director o don Ignacio le han debido de hacer un favor muy grande, porque cuando los vio así de enfadados o de tristes por la desaparición de la chica, raptó por su cuenta al tío más degenerado del barrio y le sometió a tormento chino para que dijera dónde estaba Amparo. Como era un canalla y un cobarde, lo dijo enseñado. Desde entonces no ha vuelto por el barrio.

La chica, no sé si lo he explicado bien, tiene con su marido una tienda en la que venden todas las cosas que ella aprendió a hacer en el Virgen de los Remedios, que son, principalmente, bordados y ropa. Pero, además, es monitora del colegio en el taller de trabajos manuales. El marido sabe todo lo que pasó y no le ha importado casarse con ella. A mí me parece formidable que

haya gente así. El marido, además, no es fronterizo.

Lo que le pasó cuando estuvo con «El Sargento» fue terrible y se me pone un nudo en la garganta al contarlo. Por el día la ponía en las escaleras del «Metro», vestida de pobre y con un niño pequeño, a pedir limosna. Y como Amparo lloraba de verdad, la gente le solía dar. Pero si no sacaba bastante, por la noche la vestía elegante y la ponía a lo otro.

«El Sargento» habitaba en un cerro a las afueras de Madrid, en el que había cuevas y chabolas. Él, dicen que tenía una casa bastante buena, con televisión en color y nevera. Había estado en la legión y llevaba siempre pistola. Dicen que se había traído unos moros que trabajaban para él, y que eran los que castigaban a las mujeres que no cumplían.

Yon Ying logró hablar un día a solas, en una boca del «Metro», con la chica, para llevársela. Pero ella no quiso, horrorizada, porque «El Sargento» les tenía jurado que a la que no cumpliera se la mataría de una manera especial. Entonces, pienso yo, Amparo debía de estar más baja que ahora en la escala Ternan, y por eso su terror era más grande. Como el de un niño pequeño al que le asustan. Es decir, que si «El Sargento» había comprado a Amparo, es porque la podía tener asustada como a los otros niños que también pedían para él.

Yon Ying se fue a ver a «El Sargento» y, aunque parezca mentira, se ofreció a venderse para toda la vida a cambio de la chica. Eso en Orien-

te es normal; se compran y se venden personas, como hace unos años en América. Por el tío Tom, el de «La cabaña del tío Tom», pagaron 1.500 dólares. Por eso se le ocurrió a Yon Ying lo de venderse él. Pero a «El Sargento» no le interesó. Le dijo que si fuera un viejo deforme o mutilado, quizá sirviese para pedir limosna; pero un anciano de aspecto corriente no servía para nada. Luego, sacó la pistola y le dijo que no volviese por allí. Ernesto se fue y «El Sargento» hizo traer a Amparo con malas intenciones, por si había sido culpa suya la intervención del chino. Pero Yon Ying, que no se había ido del todo, volvió a entrar y mató a «El Sargento».

Yo creo que todos estamos encantados de que matara a «El Sargento» porque era el tío más asqueroso del mundo. Amparo estuvo a punto de volverse loca, y se ha salvado gracias a que ha encontrado un hombre estupendo que la quiere muchísimo. Pero Yon Ying, las pocas veces que hemos hablado del asunto, nos dice:

—No se tiene delecho a matal ni al tío más asqueroso del mundo.

Yo creo que estas cosas se las enseña don Ignacio.

Lo mató con las manos. O, mejor dicho, con una sola mano, de un golpe plano junto a la mandíbula. «El Sargento» estaba con la pistola empuñada y por eso lo metieron menos tiempo en la cárcel. Pero de todos modos lo metieron; porque había hecho muchas cosas mal; sobre todo, una: debía haber avisado a la policía.

Pero todos —menos don Ignacio— preferimos

que matara a «El Sargento». Incluso en los periódicos se notaba que la gente lo prefería. Pepe, el portero del ocho, guarda los recortes de aquellos periódicos, que traen fotografías de cómo estaban los niños que explotaba «El Sargento», y los lugares donde los tenía encerrados. El que mejor lo cuenta es *El Caso*. Yo, lo que cuenta de lo que les obligaba a hacer a las chicas por las noches, no lo puedo leer del asco que me da.

10 *La chica que se llamaba Tini*

CON las personas es difícil acertar. Me hubiera jugado la cabeza a que la historia de Ernesto le iba a encantar a Rodolfo, y, sin embargo, ha puesto pegas.

—¿Estás seguro de que es verdad todo lo que cuentas?

—Si no me crees, pregúntaselo a Ernesto.

Lo de las personas mayores no hay quien lo entienda: las estoy engañando desde hace años en una cosa importantísima y todos se lo creen. Y cuando les cuentas algo que lo pueden comprobar en los periódicos, lo ponen en duda.

—Oye, Rodolfo, no tienes nada más que leer los periódicos de hace seis años. Allí lo cuentan todo.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel Ernesto?

—Tres años.

—Bien, ¿y toda esa historia qué tiene que ver con tu carrera futbolística?

Esto es otra cuestión. El plan es que de aquí a fin de julio yo termino de contar mi parte, porque en agosto empezamos a entrenar y a jugar

los torneos de verano, que son un montón, y con ese material más las fotografías, Rodolfo empieza a construir el libro. Lo de «construir» lo dice José Luengo, que será el que le ponga la garra final. El libro tiene que estar preparado para venderse en las Navidades.

Otro de los problemas es que el libro va a ser muy gráfico y hacen falta fotografías de cuando yo era pequeño. Pero a mí, de pequeño nunca me sacaron fotografías, porque las fotografías las sacan los padres y yo no tenía padre.

Tanto Rodolfo como José Luengo le han dicho un millón de veces a mi tío que seguro que si busca bien, alguna encontrará. Pero no las puede encontrar porque no las hay, y la única que hay la tengo guardada yo. Nos la sacaron a la puerta del Retiro a mi madre y a mí, y me acuerdo muy bien de todo porque yo ya tenía diez años.

Mi madre nunca quería hacer nada y apenas salía de casa, y mi tío y ella —que eran hermanos— se animaban a ser muy desgraciados. Por ejemplo, se decían: «¿Qué va a ser del chico este?», y lanzaban unos suspiros que los oía toda la vecindad. Por eso me acuerdo de aquel día en que me llevó mi madre a la Casa de Fieras, que así se llamaba entonces el zoo que estaba en el Retiro. Pero, por lo demás, no salíamos nunca.

Yo no hacía nada más que leer, y de la televisión sólo veía las películas y los partidos de fútbol. Cuando veía un partido, me entraban unas ganas terribles de jugar. Pero como no tenía con

quién —hubo mucho tiempo en que no iba a ningún colegio y mi tío era el que me daba lecciones—, me bajaba al pasadizo a chutar.

Ya he explicado antes lo del pasadizo, pero ahora lo voy a explicar mejor. Ya no existe, porque han puesto un banco. Entonces era una entrada de coches, muy larga, que terminaba en un taller de reparación de chapa. Estaba en cuesta y muy oscuro, pero yo ya le había cogido el truco. Si era de noche, sólo lo alumbraba un farol de la calle; pero tenía la ventaja de que en el taller ya no estaban los obreros y yo podía chutar a placer.

Me ponía abajo, chutaba contra el portalón, y tenía que dar en ciertos sitios para que el balón volviera rebotado y yo lo empalmara de nuevo. Contaba las veces que lo empalmaba sin tocar el suelo, y procuraba que, por lo menos, fueran cien. Otras veces tenía que ser sólo con la izquierda, o una vez con la izquierda y la siguiente con la derecha.

Cuando chutaba, el balón desaparecía en lo oscuro y al momento reaparecía, pero a lo mejor en un sitio en el que yo no lo esperaba y tenía que hacer un gran esfuerzo para volverlo a enganchar. Si tocaba las paredes, valía; pero si tocaba el suelo no, a menos que se tratase de chutar todas a bote pronto. También jugaba a hacer de portero, y consistía en que me ponía más cerca del portalón, chutaba con toda mi alma, y bloqueaba el rebote.

Rodolfo me ha dicho:

—A ti te ha pasado lo que a Demóstenes. Que

era tartamudo y aprendió a hablar metiéndose piedras en la boca.

Rodolfo es de lo mejor, pero a veces se le nota que ha sido maestro en Buitrago y te suelta una chorrada de esas. Yo ya me doy cuenta de qué va el rollo, porque lo de Demóstenes te lo largan en todos los colegios; pero yo hago como al que le hablan en chino, porque me conviene.

—Cuenta algo más de tus entrenamientos en el pasadizo —me dice.

O sea que la historia de Ernesto, que es terrorífica, no le ha interesado, y lo anterior, que ni tan siquiera lo había escrito en el cuaderno azul, sí.

EL DÍA EN QUE MI MADRE me llevó a la Casa de Fieras del Retiro era Nochebuena. Y aunque mi tío no cree en esas «supersticiones» —las de la Navidad—, fue el que la animó a salir.

Me acuerdo como si fuera ayer. Mi madre me iba a llevar a ver un belén que ponían unas monjas. Era muy famoso porque las figuras se movían y el cielo cambiaba de color según las distintas horas del día, hasta llegar la noche, en que aparecían las estrellas. También tenía un arroyo que corría y un fuego de verdad en el que se calentaban los pastores.

Yo lo sabía porque me lo habían contado unos

chicos del colegio, pero no lo había visto nunca. Ni aquel día tampoco lo vi, porque mi madre no supo encontrar el convento. Eso le pasaba mucho a mi madre. Yo le decía:

—Vamos a preguntar a un guardia.

Pero ella no quería. Por eso me llevó a la Casa de Fieras. Hacía mucho frío, y los animales, que casi todos eran africanos, estaban desesperados, acurrucados, no hacían nada y ni les interesaban los cacahuets que les echabas.

Mi madre tiritaba de frío y dijo varias veces: —¿A quién se le ocurre salir con este día!

ES HORRIBLE lo que voy a decir, pero yo creo que mi madre era muy fea. Don Ignacio, cuando nos daba alguna meditación, solía preguntar, para hablar luego de la Virgen:

—¿Hay algún hijo al que le parezca fea su madre?

Yo, como estábamos en la capilla, decía por lo bajo: «A mí». Pero aunque estuviéramos en otro sitio, tampoco lo hubiera dicho en voz alta por no estropearle el sermón. Aunque no creo, porque don Ignacio coge cualquier chorradita del Evangelio y la borda. Una frase en la que tú ni te has fijado, pues él le empieza a sacar punta y te emocionas. No hay más que verle cómo maneja el libro; parece que lo acaricia, y empieza a

pasar las hojas de ese papel tan finito, que no sé cómo lo hace, porque yo tengo que mojar con saliva el dedo para despegarlas, hasta que encuentra lo que busca; a veces tarda, pero ya estamos todos pendientes. Porque, lea lo que lea, aunque no lo entiendas de primeras, luego lo explica de dulce. Si es algo de la Virgen, acabas con la sensación de que te has sentado en sus mismas rodillas (en las de la Virgen). Cómo será la cosa que yo nunca me atreví a decirle a don Ignacio que mi madre era fea. Seguro que le doy un disgusto.

Los domingos sigo yendo a la misa del colegio, pero me pongo muy al fondo y me salgo antes de que termine, porque no quiero que me vea don Ignacio. Yo ya no puedo hablar con él, ni él quiere hablar conmigo.

Algunas veces le pregunto a Ernesto:

—¿Qué tal está don Ignacio?

—Bien —me responde.

El maestro Yon Ying habla muy poco, pero un día me contó que don Ignacio siguió por la televisión un partido muy importante en el que jugaba yo, y que un defensa extranjero, ya no me acuerdo quién era, no hacía más que darme leña. Don Ignacio estaba descompuesto por lo que me hacían y le faltaba poco para llorar. Bueno, a él le faltaría poco, pero a mí no me faltó nada, y cuando me lo contó Ernesto me hinché a llorar. Yo, para lo de llorar, soy de pena. No es que don Ignacio no quiera hablar conmigo, sino que, si habla, yo sé lo que me va a decir, y yo no quiero que me lo diga.

Bueno, aunque mi madre no fuera fea, en aquella fotografía salió horrible y no quiero que la vea nadie.

COMO TENGO QUE PROCURAR hablar muy poco, me fijo mucho en las cosas. En Gaztambide, desde que yo recuerdo, nos dábamos todos mucha pena. Mi tío dice:

—Si yo creyera en los milagros, éste sería el más grande.

Se refiere a que yo me gane tan bien la vida jugando al fútbol.

Pero cuando yo tenía catorce años y estaba delirando con fiebre altísima porque había cogido una pulmonía, mi tío le dijo a mi madre:

—De todos modos, si llegara a ser mayor, sería como su padre...

Lo decía porque pensaba que me moriría, ya que no me estaban aplicando ningún remedio homeopático, sino penicilina. También creería que estaba inconsciente, pero en aquel justo momento no lo estaba, y la frase me machacó. Yo ya sabía que lo peor de este mundo era parecerme a mi padre, que estaba llevando a la tumba a mi madre; aunque con gran culpa de mamá, que consintió que pasara lo que pasó. Ya he explicado que el que no debía «haber pasado» era yo.

Bien, yo ya sabía todo esto, pero nunca ima-

giné que fuese mejor morir antes que llegar a mayor para acabar siendo como mi padre. A tal extremo que, cuando salí de la enfermedad, me pareció que mi tío estaba más preocupado con lo que me iba a ocurrir.

Pero no hay que cogerlo por el lado malo: a mí, mi tío me quiere. La prueba es que está empeñado en hacerme homeopático para que viva muchos años. Lo que ocurre es que para el mal que yo tengo no encuentra remedio.

Como ya se tiene demostrado que no existe nada fuera de este mundo, cree mucho en todo lo de aquí. Fundamentalmente en las leyes de la herencia de padres a hijos, y en mi caso la cosa no puede ser más desastrosa. De mi padre mejor no hablar, y mi madre tenía muchos problemas. El día en que nos sacó la fotografía el fotógrafo que está en la puerta del Retiro, tardamos muchísimo en volver a casa, porque nos metimos en el Metro y para llegar a «Argüelles» teníamos que hacer transbordo. Pero nunca hacíamos el que correspondía y, por tanto, íbamos pasando de línea en línea sin acertar nunca. Yo le decía:

—Mamá, vamos a preguntar.

Pero ella no quería, porque la daba miedo hablar con la gente de la calle.

Por eso, a mi tío le parece la cosa más natural que yo sea fronterizo.

Era todo tan complicado que yo, en cuanto podía, me bajaba al pasadizo a chutar el balón. A mí me gusta mucho jugar al fútbol, pero eso lo hacía por una razón que no sé cuál es, aunque,

desde luego, no tiene nada que ver con la chorrada esa de Demóstenes, que se metía las piedras en la boca para llegar a ser un buen orador.

Mi madre se pasaba horas y horas haciendo punto, y decía:

—Esto a mí me descansa mucho.

Decía que me estaba haciendo un jersey, pero yo no recuerdo que lo terminase nunca, porque tejía una cosa muy larga que llegaba hasta el suelo y acababa pareciendo una alfombra. Entonces lo deshacía en parte y empezaba otra vez. Alguna vez venía una costurera muy vieja y me arreglaba una chaqueta de mi tío. O sea, qué jerséis yo no llegué a tener.

Cuento esto porque a mi madre la distraía hacer punto, aunque tuviese la mala suerte de no terminar nunca, y a mí me distraía lo de chutar porque sí.

Yo no quiero pensar nada bueno de mi padre, pero si lo de la ley de la herencia es cierto, hay que suponer que mi padre sería fortísimo porque, si no, a ver de dónde he sacado yo estas fuerzas. Yo no soy fuerte al estilo de «El Buzo». No soy tan alto como él, soy más delgado, pero, en cambio, no me canso nunca.

—¿Y QUÉ FUE DE AQUELLA CHICA que jugaba contigo? —me ha preguntado Rodolfo.

—¿Qué chica?

—La que me contaste el otro día que jugaba contigo en el pasadizo.

Ahora, como hace mucho calor en casa, nos sentamos en un quiosco del paseo de Rosales, en el que todavía hace más calor, aunque Rodolfo diga que no. La ventaja es que suele acercarse la Candi, que estos días tiene que cuidar de su hermana pequeña, que a mí me vuelve loco. Y a «El Buzo», no digamos. Tiene dos años y es la niña más graciosa del mundo. Dice todas las cosas a medias, con tanta gracia que yo no resisto la tentación de estrujarla y besarla.

—¡Oye, baboso, vete a chupar a tu madre!

Lo de Candi es horrible. ¡Eso no se le puede decir a un tío que sabe que no tiene madre! Aunque la tenga, suena mal; pero sin tenerla me parece horrible.

—¿Tú no sabes que a los niños pequeños no hay que besarlos así? ¿Tú no sabes que se les contagian las enfermedades?

Esto me lo dice Candi para justificar lo que ha dicho antes. Ahora tiene que estar todo el día con su hermana porque, como su padre está en el paro, la que trabaja es la madre. Desde que me he enterado que tiene catorce años, la encuentro cambiada. Me he fijado en que usa zapatos con un poco de tacón y que ya no está tan planchada como me pareció el día en que fuimos a «La Boca del Asno». Aunque a lo mejor es que

se pone algo en ese sitio, porque esa tía es capaz de cualquier cosa.

A mí no me importa hablar de Candi, que tendrá sus cosas, pero que no es nada fea. Lo que pasa es que es muy joven para mí. Si yo, de verdad, mentalmente fuera un tío de diecisiete años, como ella tiene catorce, no habría tanta diferencia. Pero las cosas no son así. Quiero decir que a mí no me importa hablar de Candi, ni tampoco de la otra chica. En cambio, lo que no me da la gana es hablar de las *gachís*, como dice el cursi de José Luengo, que ya hay que ser hortera para decir *gachís*.

De la otra chica le he dicho a Rodolfo que no sé nada, pero no es verdad. El problema es que ella ni se acordará de que soy yo. Me juego la cabeza. Yo, ahora, sólo la veo pasar, o andar con chicos mayores, y uno me da la impresión de que es su novio. Esta chica sí que es guapa de verdad. Además, supongo que ahora no le debe de interesar el fútbol, porque, si no, me miraría alguna vez, como hace la gente. O a lo mejor sabe quién soy ahora, pero no sabe que soy aquel chaval. A mí me encantaría que lo supiera. No me importa que no lo sepan otras personas, y la mayoría de las veces preferiría que me conocieran menos, porque lo de firmar autógrafos es otra cursilada. Pero que lo supiera ella me chiflaría.

Si no me reconoce, supongo que es por lo siguiente: jugábamos cuando yo tenía quince años, más o menos, y ella era más pequeña que yo. No es que nos hubiésemos puesto de acuerdo para

jugar, sino que al principio me miraba chutar desde la acera. A mí me molestaba, porque no me gustaba que me mirasen, pero no la podía echar. Si alguna vez se salía el balón a la calle, lo cogía y me lo daba. Pero esto no sucedía casi nunca porque, si yo quería, el balón no se me colaba. Lo que pasa es que, como veía que le hacía ilusión coger el balón, me dejaba colar algunos. Una vez me lo devolvió con el pie y le salió muy bien. Yo me sonreí, pero sin soltar prenda, claro. Como ella vio que me hacía gracia, desde entonces me lo devolvía con el pie, que en una chica resulta muy gracioso, porque como no saben ladearse para chutar, a mí me gusta. En el otro colegio donde estuve, hablaban de uno que era marica, precisamente porque chutaba así.

Ya entonces era igual de guapa o más todavía. Llevaba siempre pantalones vaqueros y el pelo suelto. Algunas veces llevaba el uniforme de su colegio, y también estaba muy guapa. Yo creo que entonces sí me enamoré de verdad, porque lo de Candi, ahora, es distinto. Me hace gracia, pero comprendo que, por muy retrasado mental que yo sea, es pequeña para mí.

Creo que estaba enamorado de verdad, porque antes no he sabido explicar por qué bajaba, en cuanto podía, al pasadizo, pero el año que duró lo de la chica, que se llamaba Tini, recuerdo que procuraba estar el mayor tiempo posible allí, porque no sabía cuándo aparecería ella. O sea, que son dos cosas distintas: me pasé muchos años en el pasadizo porque no sabía dónde estar, pero aquel año estaba mucho tiempo para

que, cuando llegara Tini, que no era siempre a la misma hora, me encontrara.

—¿Y de qué hablabais? —me pregunta Rodolfo.

—¡Y yo qué sé! —le contesto, dándome cuenta de que soy la pera, porque ayer le dije a Rodolfo que no sabía lo que era de Tini y luego lo escribo. Claro, que lo escribo en el tercer cuaderno. Pero cuando Rodolfo ve los otros dos en blanco, me dice:

—¡Escupe, macho!

A veces habla así para imitar a Candi. A Rodolfo también le cae bien Candi, y me ha echado la cuenta de que, cuando yo tenga veintiséis años, Candi tendrá dieciocho años. O sea, que nos podremos casar. ¡No te digo...!

Lo que pasa es que cuando Rodolfo se pone a hurgar en el tercer cuaderno, lo hace de un modo distinto a como lo hace José Luengo, que sólo se asoma al cuaderno azul, pero te das cuenta de que no lo lee, porque está siempre muy nervioso. Rodolfo mira todo con mucho cuidado. Si no entiende una palabra, me la pregunta, saca el lápiz y me corrige, aunque sólo acentos, puntos y comas, y me tacha palabras que sobran y me explica por qué. Yo creo que, cuando escribo, lo hago pensando en si le gustará a Rodolfo. O sea, que ya cuento con que va a leer todo, hasta lo del tercer cuaderno. Pero él me ha jurado:

—Mira, Senén, tú puedes escribir lo que te apetezca, que yo te juro que en el libro sólo saldrá lo que tú quieras.

A mí esto último no me preocupa, porque en el

libro saldrá lo que quiera José Luengo. Y a éste, me juego la cabeza, todo lo de Tini le importa un pito. Sólo le interesa lo de mi carrera futbolística, que queda muy bien copiando en el cuaderno azul muchas cosas de sus crónicas.

Luego, lo de la *garra* para los años de mi infancia, ha consistido en explicar que yo soy hijo natural.

11 Nostalgias de un pasadizo

LA verdad es que no me acuerdo muy bien de lo que hablaba con Tini. Jugábamos a chutarnos, y ya he dicho que, para ser chica, no lo hacía mal. Pero se cansaba enseguida. En el mismo pasadizo había un poyete de cemento y allí nos sentábamos a hablar. Fuera del pasadizo no hablábamos nunca, y si nos veíamos en la calle, no nos saludábamos. Lo que sí recuerdo es que era lo contrario de Candi. Decía las cosas muy bajito y le daba vergüenza de todo.

De algo hablaríamos, porque yo sabía que su padre era abogado. Al principio vivía en una de esas casas viejas, como la nuestra, que quedan en la calle Gaztambide, pero luego se mudó a otra recién construida, con terrazas en la fachada y ascensor metálico. Desde entonces, ya nunca más volvió. Pero es de esas cosas que te das cuenta de que se lo han prohibido los mayores. El día anterior estábamos como siempre, o mejor, porque Tini estaba aprendiendo a dar al balón con la cabeza y nos partíamos de risa. Al día siguiente no vino, y ya nunca más pasó por allí. La casa nueva estaba más metida, pero en la mis-

ma calle, y también es mucha casualidad que nunca tuviera que pasar por el pasadizo, que está en el número 6, casi esquina a Alberto Aguilera, que es donde hay que coger el metro de Argüelles.

—Tu infancia sería muy desgraciada, ¿no?

Esa pregunta tan asquerosa me la ha hecho José Luengo, que está feliz con que yo no me niegue a que pongan que soy hijo natural.

Y todavía con una piedad más asquerosa, me dice:

—Si es doloroso para ti hablar de este tema, lo dejamos.

Yo no he visto tío más cursi hablando. Por la radio todavía es peor. Y en la televisión, no digamos. A mí me ha entrevistado un millón de veces, y llega a Prado del Rey hecho un histérico, agotado, que no puede con la vida, que van a terminar con él, y la gente —lo juro, no lo entiendo—, en lugar de mandarle a la mierda, se ponen a consolarle. Es de los que se maquillan siempre, y las maquilladoras, que son unas señoras mayores y muy maternales, le dicen:

—¡Ay!, don José, es que trabaja usted mucho...

Él hace un gesto de resignación, porque, si no trabaja él, a ver quién va a trabajar...

Luego, en el plató, nunca le parece bien lo que hace el realizador, que se ve que tiene un aguante que no veas. A Luengo le llama Pepe, y siempre le dice lo mismo:

—Tú confía en mí, Pepe, ya verás como queda bien.

Los focos los tienen que mover un millón de veces y Luengo se sienta en catorce sitios distintos antes de decidirse por el definitivo. Bueno, pues todo este rollo es siempre para lo mismo: en el momento en que el realizador le advierte que «estamos en el aire», a Luengo se le pone una sonrisa asquerosa para saludar a «nuestros queridos telespectadores», y darles la buena noticia de que «hoy tenemos con nosotros a Senén, el famoso fronterizo de oro, el único jugador del mundo capaz de llenar, él solo, un estadio. Este muchacho que ha tenido que superar tantas dificultades para llegar a donde ha llegado».

Dice lo de las dificultades con cara de pena, para que se sobreentienda lo de mi retraso mental. Aunque él, en el fondo, está encantado de demostrar que cualquier idiota puede jugar al fútbol. ¡Yo no he visto tío más retorcido!

Luego, como las entrevistas son antes de un partido clave, es que no falla el tío en las preguntas:

—¿Y cómo ve nuestro «fronterizo de oro» el partido de mañana?

Yo digo que lo veo bien, que el equipo está con mucha moral y que creo que vamos a ganar. O sea, que, aunque no seas fronterizo, en estas entrevistas lo pareces. Otra pregunta que no falla, poniendo cara misteriosa, es ésta:

—Y... ¿sacará Senén, mañana, su famoso punterazo mágico?

¡Ni idea tiene el tío! ¡Yo nunca chuto de puntera! Ni ninguno. Pero como lo de punterazo mágico suena bien, pues dale...

LA CHICA que se llamaba Tini dejó de ir de la mañana a la noche, porque se lo prohibieron sus padres. No me lo ha dicho nadie, pero me juego la cabeza. A lo primero vivían en una casa como la nuestra y, luego, cuando se mudaron, el padre se compró un coche; un año después se compraron un hotel en Galapagar. Yo, como tengo que hablar muy poco, me pasa lo que a Yon Ying: que me entero de todo.

En aquellos años, todavía no era oficialmente fronterizo, pero ya no tenía madre, y supongo que en el barrio se sabría que padre no lo tuvo nunca; mi tío ya no salía de casa. Además, yo era feo. Ahora dicen que no lo soy. ¡Vete a saber! También, antes, cuando era un fronterizo a secas, era una carga para la sociedad. En cambio, ahora, dice el periódico de esta mañana: «Senén, una lluvia de oro para el Athletic». Luego, con letras más pequeñas: «La cotización del equipo ha ascendido espectacularmente. Equipos de Bahía Blanca, La Pampa y hasta la selección peruana han aceptado pagar cincuenta mil dólares para enfrentarse con el Athletic y así poder ver de cerca al pequeño genio. Senén puede ser una importante fuente de ingresos de divisas para España». Al lado aparece la típica foto mía, regateando a un defensa.

Yo creo que no estoy ni más guapo ni más feo, lo que pasa es que entonces tenía granos en la cara y ahora no. Tenía tantos granos que me hicieron una vacuna inyectándome de mi propia sangre infectada, y mi tío se emocionó porque aquello era un tratamiento homeopático.

El caso es que Tini dejó de ir por el pasadizo, y a mí se me encogió el corazón de tal manera que se me vació el pecho.

Comprendo que es horrible lo que voy a decir, pero fue casi peor que cuando se murió mi madre. Porque esto se veía venir, y llevaba más de un año sin levantarse de la cama y casi ni conocía. En cambio, con Tini, el día anterior nos lo pasamos de miedo, ensayando a bombear de cabeza, y si perdía el equilibrio se me agarraba. A mí me faltaba poco para desmayarme de emoción. Y, de repente, no volverla a ver nunca más...

Supongamos que le prohibieron volver, que es lo que yo creo, pero seguro que ella se enteraría de que al poco tiempo me metieron en el colegio Virgen de los Remedios, que en el barrio, por mucho que lo expliques, siguen diciendo que es un colegio para subnormales. Entonces pensaría que sus padres hicieron muy bien no dejándola jugar con un subnormal.

A mí nadie me quita de la cabeza que coincidió cuando su padre empezó a ganar más dinero. Pero, claro, por mucho que siga ganando, no puede ganar lo que yo. Me gustaría que esto lo supiese Tini. No me explico bien: a mí lo que me gustaría que supiese aquella chica es algo distinto a lo que debe saber. A mí no me importa ser fronterizo, es más, lo prefiero. O, por lo menos, lo prefiero antes que ser como fue mi padre, o como es el presidente del club, o el mismo José Luengo, o mi tío, sin ir más lejos, toda la vida paseando por el canalón de cinc, como si lo más

importante del mundo fuera no acatarrarse. Y yo conozco muchísimas personas mayores que son así. La mayoría.

Bien, ahora la veo de vez en cuando por la calle de Princesa, que hay muchos bares con gente joven, y todos me miran. Pero ella, no. Y tiene que ser porque no me relaciona con el chico del pasadizo, del que pensará que era hijo de una loca, y al que tuvieron que meter en un colegio de subnormales. Pero aunque me mirase, que no lo hace nunca, no me reconocería, porque el pasadizo estaba muy oscuro. Ella es guapísima y siempre va con chicos, pero uno es más fijo que los demás.

12 *Senén pierde el balón*

YO le sigo leyendo el periódico a mi tío todos los días, y cuando tengo desplazamientos con el equipo, guarda los atrasados. O sea, que tampoco me libro. Lo único que me tiene prohibido leer es el capítulo de sucesos, y, claro, ése me lo leo yo por mi cuenta. Tampoco le interesa mucho lo de la política y en esa parte nos saltamos bastantes cosas. Menos mal. En las páginas deportivas, todo lo que se refiera a mí, ya lo he dicho, hay que recortarlo.

Aunque yo sé bastantes cosas, me conviene disimularlo, porque, si no, se escaman.

Me dice el otro día Rodolfo:

—¿Y tú por qué sabes tantas cosas de los fronterizos?

Yo me callo, pero el tío insiste:

—Por ejemplo, «El Buzo» ni tan siquiera sabe que es fronterizo.

—Es que es más pequeño que yo.

Mentira. Total, nos llevamos unos meses. También le digo:

—Es que, como le leo el periódico a mi tío, me entero por las páginas de la salud.

Me mira con una cara de infeliz, de pena, y me dice:

—Pues fíjate si yo leeré periódicos, y hasta que te conocí a ti no sabía lo que era un fronterizo.

—Es que ahora se les llama ligeros o niños límite.

—¡Senén, que tú sabes mucho...!

Él lo dice con segundas, pero hay mucho de verdad en lo que digo: las páginas de salud del periódico se las tengo que leer a mi tío de cabo a rabo. Además, estamos suscritos a una colección de fascículos que se titula «Gran Enciclopedia Médica Familiar», de la que también le tengo que leer cosas.

Yo creo que mi tío piensa que no es seguro que tengamos que morirnos. Ahora está muy emocionado porque los americanos se están tomando en serio la homeopatía, y hacen grandes avances. Hay un médico en Nueva York que dice que un homeopático perfecto puede tener, prácticamente, una vida ilimitada. O sea, que ha dejado chico al médico soviético que nos daba ciento cincuenta años de vida. Ahora, esos ciento cincuenta años de vida le parecen a mi tío una miseria. Yon Ying, que es muy reflexivo, me dice:

—Tu tío, en teología, tiene lazón; pelo en la plástica la gente se muele.

A veces, por las tardes, cuando paseamos Rodolfo, «El Buzo», la Candi, Ernesto y yo, intentamos todos hablar como Ernesto, pronunciando

la «erre» como «ele» y es más difícil de lo que parece. Ernesto no lo toma a mal, ni piensa que lo hacemos por burla. No parece una persona mayor.

«El Buzo» ha vuelto del campamento, se ha enterado de la excursión que hicimos a «La Boca del Asno» y dice que tenemos que volver. Rodolfo está conforme.

—Yo no podré ir —dice Candi— porque no puedo dejar a mi hermana.

—Pues se viene ella también.

Esto lo dice «El Buzo», que para los niños pequeños es algo especial. La hermana de Candi se llama Clara y es como un suspiro. «El Buzo» dice que le cabe en un bolsillo. Si «El Buzo» quiere, no hay ningún niño del mundo que no se vaya con él en menos de un minuto. Tenemos hecha la prueba en el parque de Rosales con niños, que no conocemos de nada y que a los demás nos huyen, pero que con «El Buzo» se van en el acto. Yo no sé lo que les dice. Lo que no hace es besuquearlos ni estrujarlos, que es lo que a mí me pierde. A pesar de lo bestia que es, puede empujarlos por todo lo alto sin apenas tocarlos, y a los niños no les da miedo aunque se los siente en la cabeza, porque «El Buzo» es como una torre.

Candi vuelve a decir que no cabemos todos en el coche y que ella se queda. Se quiere hacer la mayor y la responsable.

—A Clarita me la meto yo en un bolsillo —dice «El Buzo».

Rodolfo dice que con buena voluntad cabremos todos. O sea, que volveremos.

A veces vamos al colegio, que, ahora, en verano, está desierto. Vamos «El Buzo» y yo solos, a chutarnos. Si quiero, puede pararme todos mis tiros, aunque vayan fortísimos y difíciles, y no es porque le advierta por dónde se los voy a chutar, sino porque estamos sincronizados. Algunos periodistas que nos lo han visto hacer creen que es una transmisión del pensamiento que nos ha enseñado el viejo chino, que los tiene a todos muy intrigados. ¡Chorradas!

Algunas veces, para que despabile, le tiro fuerte al cuerpo para que le duela.

—¡No seas cabrón! —me grita.

Quiero explicar que en el colegio esto no es un insulto malo, y aún nos decimos cosas que suenan peor; pero, en cambio, nunca nos llamamos imbécil o idiota, porque imbécil es el que está, en la escala Terman, en menos de cincuenta de cociente intelectual, e idiota en menos de veinte. En el colegio no hay de éstos. Pero por si acaso...

Seguro que Rodolfo me diría con segundas: «¡Senén, que tú sabes mucho!». Pues ya te contesto desde ahora: eso lo encuentras en cualquier enciclopedia, sin necesidad de que sea la «Gran Enciclopedia Médica Familiar».

Estas tardes de julio en que oscurece tan tarde se está de maravilla en el colegio. Me refiero al patio del colegio, que tiene en el centro el campo de fútbol, rodeado de una pista para correr, y por los bordes hay árboles de mucha sombra que se llaman acacias. Estamos solos los dos, porque Yon Ying se sienta en la postura de su nombre, apacible, y es como si no estuviera. ¡Pero

vaya que si está! Cuando estás con Ernesto te sientes siempre muy acompañado.

Con todo lo que me ha enseñado sobre mi centro de gravitación y pendulación de piernas para conseguir el «tei» (tei, en chino, significa coz), yo debería pagarle algo. Pero ni se me ocurre intentarlo. Apenas si logro invitarle a casi nada, y un día que fuimos a un restaurante chino, que es el más caro de Madrid, probó los platos por cortesía. Pero al salir dijo:

—Este lestantante chino sel un cachondeo.

O sea, que él también imita las cosas que dice Candi. Y si ve que nos reímos, se le pone la cara de gran felicidad, porque la segunda de las cinco disciplinas del yoga es la alegría.

En este caso quería decir que aquel restaurante de chino tenía poco. Cuando terminamos de jugar y estamos sudando, porque este mes de julio es de alivio, nos trae una tetera con té de jazmín.

En el colegio se está de maravilla cuando no hay profesores, porque, por muy buenos que sean, dan bastante la matraca. Quiero decir que en el colegio siempre te están diciendo lo que tienes que hacer, y por eso, cuando estás solo, te sientes más libre que en otro sitio.

Yo no recuerdo nunca haber sido tan feliz como ahora.

—GRACIAS POR LA PARTE que me toca —dice Rodolfo al leer esto último—. ¿Y cuándo fuiste más desgraciado?

Lo bueno sería contestar: «Cuando me quedé huérfano».

En cambio, decir: «Cuando el dueño del taller me quitó el balón», queda mucho peor. Pero seguro que le gustará a José Luengo y le confirmará su teoría de que un subnormal con una pelota es como un burro con una noria.

Yo había conseguido tal puntería que, cuando chutaba en el pasadizo, el balón se estrellaba contra los bordes del portalón, que eran de cemento, y no resonaba. Pero un día golpeé en el centro, retumbó, al dueño le cogió de malas, salió y me quitó el balón.

Lo de los mayores es la pera, porque aquel taller era de arreglo de chapa y durante el día armaban un escándalo de mucho cuidado. Los vecinos lo denunciaban, pero no servía de nada porque tenían licencia municipal para hacer ruido. En cambio, hago yo un día un ruido que apenas si lo oye nadie y me quitan el balón, que era lo único que me quedaba, porque me había quedado ya sin madre y sin la chica que se llamaba Tini. Por lo menos, mientras tenía el balón, me bajaba al pasadizo oscuro, donde nadie me veía ni me molestaba, y hacía aquello.

Además, aunque no lo confesara, siempre me quedaba la esperanza de que volviera a asomarse la chica. O por lo menos yo me lo imaginaba, y a veces pensaba que no era la pared la que me devolvía el balón, sino Tini. Yo podía estar pen-

sando en ella continuamente, pero en el pasadizo lo hacía mejor.

Cuando me quedé sin balón, no salía del piso. A mi tío le parecía muy bien porque así preparáramos mejor los exámenes. Entonces ya no iba al colegio de frailes y esto lo voy a explicar: mi tío es un ateo muy raro porque no le importaba que fuera a un colegio de religiosos. Sin embargo, cuando el director le dijo que, en su opinión, no podía seguir estudiando allí, le pareció muy bien, porque él ya estaba jubilado y me daría las clases personalmente. Él respetaba las opiniones de todo el mundo, pero las suyas eran un poco mejores.

Empezamos a dar las clases en el comedor, justo debajo de la frase que dice: «Con Honor se puede ganar dinero, pero con dinero no se puede ganar Honor». Precisamente el fallo de los frailes era que no habían confiado en mi Honor, y me preguntaban demasiadas veces la lección, creando en mí una tensión de desconfianza que no me dejaba estudiar. Eso decía mi tío.

Las clases con él consistían en que me preguntaba:

—¿Qué lecciones has estudiado?

Yo le contestaba que tales o cuales. Él me decía:

—¿Has tenido alguna duda?

Yo le respondía que no, y no podía tenerlas porque ni abría los libros. Era cuando ya no tenía madre, ni la chica que se llamaba Tini, y estaba aterrado ante la idea de ser mayor, porque mi tío me había troquelado la cabeza con aque-

llo de que cuando fuera mayor sería como mi padre. Bueno, pues como no tenía dudas, me decía:

—Para mañana, la lección siguiente.

Me examiné por libre en el instituto y no aprobé ninguna asignatura. Ni tan siquiera la Educación Física, porque no me sabía la tabla de gimnasia.

Mi tío se quedó horrorizado porque, si no sacaba, por lo menos, EGB, no podía hacer oposiciones a Hacienda. Ni aun las de auxiliar administrativo. Mi tío estaba convencido de que si yo conseguía ser funcionario de Hacienda me libraría de parecerme a mi padre. No me lo decía así de claro, pero se sobreentendía.

Después de aquello dejé de hablar. Ahora hablo poco, pero entonces no hablaba nada.

—Hablas poco —me comenta Rodolfo—, pero te enrollas escribiendo.

Parece un reproche, pero no lo es. Le encanta que escriba. Un día me dijo:

—¿No te gustaría estudiar para periodista?

—No, los fronterizos no podemos hacer estudios superiores.

—¡Menuda cara tienes tú...!

Cuando dejé de hablar, mi tío me llevó a su médico, el homeópata. Éste me mandó a un psiquiatra y fue cuando me metieron en el Virgen de los Remedios.

13 *El centro de gravitación de Senén*

UN día vi a Dios con una pinta muy extraña. Iba muy cargado de hombros, con la cabeza hundida y al arrastrar los pies levantaba toneladas de tierra. Fue a poco de entrar en el Virgen de los Remedios. A mí no había nadie que me sacara una palabra del cuerpo. Los otros chicos no conocían todavía mi habilidad con el balón, o sea, que seguía solo, y el único que me hacía caso era don Ignacio, que para eso estaba.

Yo, para corresponder, atendía cuando nos hablaba en la capilla. Un día nos dijo que ver a nuestros hermanos era ver a Dios. Cuando salí al patio, al primero que vi fue a «El Buzo», que andaba como he explicado, y por eso pensé que Dios, aquel día, tenía una pinta muy rara.

Cómo será lo de «El Buzo» para los niños, que, cuando en el barrio alguno está a punto de que se le caiga un diente, va a donde él para que se lo saque. Me refiero a los dientes de leche, claro. Candi dice que a ella no se los sacan porque sus dientes son de mala leche; los demás le ríen la gracia, pero a mí no me gusta que hable así,

porque me recuerda a la mujer de Barcelona.

«El Buzo» tiene las manos todavía más grandes que los pies, que ya es decir. Llega un niño y le enseña el diente que se mueve, pero «El Buzo» no se lo toca sin lavarse antes las manos en la fuente del parque. Se lo mueve un poquito y si el niño hace: «¡Ay!», le dice:

—Todavía no está, vuelve mañana.

También les da consejos:

—Muévetelo con la punta de la lengua para que se te afloje.

El niño no falla y vuelve. «El Buzo» le hurga con el dedo, y da grima verle, porque parece que con aquellos dedazos le va a arrancar toda la dentadura. Pero no hay cuidado; le da un tironcito y todavía está por ver el primer niño que lllore. Al día siguiente, el ratón Pérez les trae algo.

Como hay padres que no creen en el ratón Pérez, «El Buzo», por si acaso, mete el diente en una caja de cerillas y lo entierra en algún lugar escondido del parque. Al día siguiente, no falla: si es una niña, suele ser un cacharrito de cerámica con su nombre pintado, y dentro van chicles, o caramelos, o pipas; depende, porque «El Buzo» sabe lo que le gusta a cada uno. Si es un niño, suelen ser cosas de las que vende «Colito». Luego, según las modas, pone cromos, canicas y también tebeos.

Bueno, pues aunque «El Buzo» no creyera tampoco en el ratón Pérez, los niños seguirían yendo a que les sacase los dientes, porque lo de «El Buzo» es especial.

Por ejemplo, no le interesa ser futbolista y le

da mucha pena que yo tenga que viajar tanto. A él le gusta mucho jugar al fútbol, pero conmigo o con los otros chicos del colegio. Por lo demás, prefiere ser ceramista. Ya está deseando que empiece el curso. En cambio, a mí no me apetece nada empezar con los entrenamientos y los torneos del mes de agosto, que cada año son más. La culpa es que a los futbolistas cada vez nos tienen que pagar más dinero, y, para compensar, tenemos que jugar más torneos. Es un lío, pero todo lo de los mayores es así.

Yo, las cosas de los niños las entiendo todas, incluso las de «Colito», pero las de los mayores, no. Cuando le firmo fotos a «Colito», me jura que ya no va a vender de las pornográficas. Pero me lo jura, además, diciendo que, si no, que se mueran su padre y su madre y más gente de la familia. Yo creo que le vendría bien esto último, porque en su familia no trabaja nadie. Por eso, él tiene que hacer lo que hace, es decir, lo de las fotos pornográficas. Porque, claro, por muchas de las mías que yo le firme, también sigue vendiendo de las otras. Bueno, pues eso... lo comprendo.

¡Pero lo del presidente del club no hay quien lo entienda! Lo es por su gusto, porque tiene millones a punta de pala, aunque ya nos ha explicado unas trescientas mil veces que los ha ganado con su esfuerzo personal, partiendo de cero. Pues nada, está obsesionado con que nadie le agradece lo que hace por el club. Y la peor de todos, la afición.

Eso nos lo dice a nosotros, que somos como

sus hijos, porque luego, en televisión, en la que sale casi todos los días, dice que nuestro club tiene la mejor afición del mundo, y que la mayoría de los partidos los ganamos gracias al apoyo que nos presta la afición. ¡Un espanto!

Pues el director técnico todavía es peor. Yo no he visto tío más frío en los días de mi vida. A ése sí que le tenemos miedo. Todos dicen: «Ése, si quiere, te arruina la carrera».

—OYE, ¿QUIÉN ERA esa mujer de Barcelona de la que has hablado?

Yo me quedo mirándole un poco mosca. ¡A ver si ahora a Rodolfo también le va a dar porque hable de las «gachís», como a José Luengo y al editor! Pero me doy cuenta de que no. A Rodolfo es que le interesan las cosas de la gente; no sólo las mías, sino también las de «El Buzo», la Candi, su hermana, Ernesto, «Colito», o sea, las de todos los que andan por aquí. Encima dice que quiere que le presente a don Ignacio.

A mí me parece que Rodolfo es un infeliz y se las van a dar todas en el mismo carrillo. Él está muy conforme con el cuaderno azul, en el que de vez en cuando metemos alguna cosita de éstas y el resto son copiadas de los periódicos. Yo no sé si José Luengo, cuando se lo lea con detalle, se lo va a tragar.

Para el cuaderno azul también escribe cosas por su cuenta Rodolfo, y luego las pega en una página en blanco. El otro día puso:

«El mayor encanto de Senén es que no se da cuenta de lo bien que juega. Nunca busca su lucimiento y siempre está dispuesto a ceder el balón a un compañero mejor colocado.»

Luego, añade que esto es lo que recomendaba Santa Teresa a sus monjas cuando estaban en el coro. Yo comprendo que lo explico mal y que él quiere decir otra cosa, pero así, de primeras, da la impresión de que las monjas jugaban al fútbol en el coro. Yo creo que lo que quiere decir es que a Santa Teresa le gustaba que las monjas cantasen sin tratar de lucirse una. Pero poner eso en un libro de fútbol, que tiene que ser un «best-seller», es de risa...

Estas chorraditas que escribe Rodolfo irán luego en el libro, como notas a pie de página, porque el que escribe soy yo. Es decir, es una autobiografía, pero «con la colaboración del cronista deportivo José Luengo». Bueno, pues esas notas a pie de página serán las que ponga «el conocido cronista deportivo», aunque ya he explicado que las escribe Rodolfo.

Es la primera vez que un tío de veintidós años escribe sus memorias. Pero Luengo insiste en que no conviene esperar, porque «a saber lo que durará éste».

«Éste» soy yo.

Volviendo a lo de la nota a pie de página, supongo que Rodolfo la habrá puesto porque todos los informadores deportivos alaban como una

gran cosa que yo no retenga el balón y lo suelte a todo gas. Pero yo no encuentro que eso tenga mérito, sino que es cuestión de costumbre. Cuando jugaba con «Los Fronterizos», si retenías el cuero, era seguro que un defensa te zurraba. Porque, como no aciertan bien, es muy corriente que te metan la bota en la boca del estómago o, todavía peor, un poco más abajo, que es donde nos duele a los hombres. Yo para esto último tengo muy mala suerte.

Bueno, también, aunque me revienta hacerme el bueno, tengo que decirlo: lo mío era conseguir que todos los del equipo tocasen cuero, y, por eso, tenía que moverme muchísimo y pasar el balón enseguida que podía. A pesar de todo, no siempre lo conseguía, y algún chaval, al final del partido, se me acercaba medio llorando, para decirme:

—Senén, no me has pasado ni una vez.

A mí me hacía polvo. Soy un desastre para estas cosas.

Aunque no tenga que ver con el fútbol, tengo que contar otra cosa parecida. Los chicos y las chicas estábamos juntos en las clases, pero separados en los recreos. Había una chica de las más retrasadas, aunque ya era mayor, y, además, muy gorda, porque siempre estaba comiendo. Era cuando la moda de los «hoola-hops», y aquello era un frenesí. En los «Phosquitos», que son bizcochos envueltos, venían vales con puntos, y cuando tenías un número muy grande —supongo que un millón—, te regalaban un «hoola-hop». La chica gorda se empeñó en conseguirlo

así, pero tardó tanto, que, cuando se lo mandaron, ya se había pasado la moda. Yo no he visto una tía más fea llorando. Porque, además, las otras chicas no se conmovían y le decían:

—¡Ya no se juega al «hoola-hop»!

Bueno, pues me puse yo a bailar el «hoola-hop», aunque los chicos y las chicas nunca jugábamos juntos. Primero tuve que aprender, y luego le enseñé a ella. Encima, todos nos decían:

—Senén y Alicia son novios.

¡Un desastre! Lo mío es una desgracia. Pero prefiero matar a una persona, antes que verla llorar.

Comprendo que lo que voy a decir es horrible, pero cuando mi madre se metía en la cama y se pasaba los días llorando, sin hablar, yo le pedía a Dios que se muriese. Esto sí se lo conté a don Ignacio y no me dijo nada.

Yo creo que lo del «hoola-hop» de Alicia la gorda fue una estafa, porque, además de todos los puntos que te pedían, había que enviar 140 pesetas en metálico, y yo no creo que aquel aro costase más.

Menos mal que Alicia la gorda es de Toledo, y al terminar el colegio se ha ido a su casa. Si nó, no me la quito de encima en la vida, y cuidado que tiene mala suerte la tía para todo.

Una vez, su hermana la casada tuvo un hijo, y ella quería ir por encima de todo al bautizo. Pero su familia no quería que fuera porque era mucho gasto de viaje, para nada. Hablaban por teléfono y su madre, por lo visto, le decía:

—¡Pero si total lo vamos a celebrar sólo en familia!

Alicia la gorda lloraba, que parecía que nos iba a inundar:

—¿Es que yo no soy de la familia?

Lo de los padres de los fronterizos era muy curioso: parece que los quieren más que a nada en este mundo; pero les gustaría que el colegio durase todo el año. La mayoría éramos de Madrid y estábamos a media pensión, pero los de fuera, que estaban internos, se podían pasar meses sin que la familia asomase la gaita.

El caso es que Alicia la gorda se creía que yo podía conseguir todo, y no me dejó en paz hasta que hablé de lo del bautizo con don Ignacio, que agarró un cabreo de mucho cuidado. Porque don Ignacio es de lo mejor, pero cuando se enfada te puedes echar a temblar. Menos mal que en aquel caso se enfadó con la familia de Alicia la gorda. Pero no es que se enfadase porque les hablase por teléfono, sino que habló con el director, que estuvo de acuerdo, y, sin preguntar, le sacaron el billete de autobús para Toledo y la mandaron. Aunque con tan mala suerte que cuando llegó ya se había celebrado el bautizo.

Yo le he oído decir al director:

—No sé quién me da más guerra, si los padres o los hijos.

—¿Y ALICIA LA GORDA ya no volverá por el colegio? —me pregunta el de siempre.

—No; ya ha terminado.

—Pues que sea enhorabuena.

O sea, que Rodolfo también dice algunas tonterías.

Otra, por ejemplo:

—Oye, ¿y tú no tienes nada que contar de los compañeros de tu actual equipo?

No tengo nada que contar porque son gente corriente.

Hay un brasileño que es negro y algunos dicen que huele mal, pero serán figuraciones, porque nos duchamos todos los días, y algunos, dos veces.

Yo hablo poco con los compañeros, porque no me conviene. Ellos, lo comprendo, tampoco hablan mucho conmigo. Lo que más les interesa es saber si es verdad que el chino me ha enseñado un secreto para chutar así. Ahí sí que me tengo que hacer el tonto de verdad, porque se lo tengo prometido a Ernesto.

Lo del secreto, llegó un momento en que todos me tenían miedo porque decían:

—Si te engancha de un balonazo en la cabeza, te la vuela.

Una revista asquerosa, de esas que sacan señoras desnudas, publicó un artículo que se titulaba: «¡El pequeño anormal puede ser un peligro para el fútbol nacional!». Después decía que, de seguir así las cosas, la Federación tendría que considerar la retirada de mi licencia. Yo tengo observado que las revistas que sacan señoras así,

luego, por dentro, no dicen nada más que gilipolleces.

Todo fue porque piqué y me dejé hacer una entrevista. Después, lo juro, me dijeron que si me dejaba sacar una foto completamente desnudo, pero de frente, me daban medio millón de pesetas. Como les dije que no, me preguntó el tío:

—Qué pasa, ¿es que eres de derechas?

Y yo le contesté:

—No, yo chuto lo mismo con la derecha que con la izquierda.

A los periodistas les parece muy bien que no me entere de lo que me preguntan y conteste otra cosa, porque así le pueden sacar punta.

Yo contestaré tonterías, pero los periodistas las preguntan. Porque yo no me creo que a los de izquierdas les guste que los fotografíen desnudos, y a los de derechas, no. Eso es lo mismo que lo de santiguarse cuando se chuta un penalti. Muchas veces los que más se santiguan son los peores.

Vuelvo a lo del secreto. La primera vez que rompí una portería fue la del colegio. Pero no tuvo ningún chiste porque sólo tenía los postes y el larguero, sin hierros de sujeción. Además, era de madera mala, y empalmé un balón que se estrelló contra una escuadra. La portería, más que romperse, se descuajaringó. Para entonces ya andaba yo en tratos con el juvenil del Athletic—fue después del partido que presidió la Reina— y se supo porque ya venían fotógrafos, y los tíos son unos artistas para lo que les interesa.

En este caso, el que estaba sacó una foto en

la que la portería parecía un montón de leña. Como si hubiera pasado un tanque por encima. Y ya he explicado que, en realidad, sólo estaba descuajaringada. La prueba es que esa misma portería la volvimos a arreglar y es la que tenemos todavía, aunque reforzada con escuadras metálicas.

Vuelvo a lo del secreto. Yo no sé por qué me ha obligado a jurarlo el maestro Yon Ying, ya que, aunque quisiera, no sabría descubrirlo. Él ha sabido situar, casi exactamente, mi centro de gravitación, pero yo sería incapaz de situárselo a otro tío. Y aunque le hiciera repetir todo lo que me ha hecho hacer Ernesto, estoy seguro de que no conseguiría nada. Una vez le pregunté en qué consistía su ciencia, la de encontrar el centro de gravitación, y me respondió:

—Eso lo saben las moscas. Pelo las moscas no hablan.

No era un chiste, sino que parece que es así. Las moscas tienen muy bien situado su centro de gravitación y por eso se desplazan, en décimas de segundo, en cualquier dirección. El maestro Yon Ying sabe muchas cosas de éstas; por ejemplo, que las hormigas son los seres vivos que tienen el mejor sentido de la orientación.

Como las moscas no hablan y no pueden explicarnos el secreto, nos hemos pasado horas, el maestro y yo, observándolas. Sentados en el patio del colegio, inmóviles, para que se posaran sobre nosotros. Una vez, en un movimiento rapidísimo, maté una y yo pensé que le había gustado a Yon Ying mi habilidad. Pero no fue así, sino

que me la hizo comer: «Porque el hombre sólo debe matar lo que necesita para comer». O sea, que si a él le llegan a dejar comerse a «El Sargento», quizá no tendría tantos remordimientos.

Yo soy el único que sabe —supongo que don Ignacio también lo sabrá— que, desde que lo mató, juró no usar nunca más sus artes marciales, ni enseñárselas a nadie. Y sólo ha hecho esta excepción conmigo. Aunque no del todo, porque lo que me ha enseñado es sólo lo relativo a las piernas-muelles (para poder saltar y rematar de cabeza), piernas-émbolos (para endurecer los tiros a puerta) y piernas-volátiles (para que no me enganchen los defensas). Pero de medio cuerpo para arriba soy corriente, excepto en lo del aprovechamiento de mi respiración abdominal.

—¿Y por qué se decidió Ernesto a enseñarte todo eso? —me pregunta Rodolfo.

—Ni idea —le contesto.

A Rodolfo se le pone una cara divertida, como diciendo:

—Ya lo acabarás contando en el tercer cuaderno, lechoncito.

Y yo pienso:

—Pues esta vez te vas a quedar con las ganas.

Pero no se queda porque, cuando yo cojo el bolígrafo verde, no resisto la tentación.

14 *El día más feliz*

CUANDO me metieron en el Virgen de los Remedios, estuve bastante tiempo sujeto a observación. No me lo decían, pero se notaba. Como yo entonces no sabía lo que me convenía, lo que hacía era no hablar nunca. Ni tan siquiera cuando me preguntaban mi nombre en clase. A tal extremo, que a un profesor se le escapó decir:

—A este chico a donde tendrían que haberle llevado es a un colegio de sordomudos.

Al principio no me hacía al colegio, y pensé que sería mejor que me echasen, como ya lo había conseguido en el colegio de los frailes. No me hacía, porque los fronterizos, hasta que los conoces, tienen sus cosas.

Ya he dicho que los hay con problemas de esfínteres y, de repente, en la clase olía mal. Pero lo bueno del colegio era que sus profesores o profesoras no daban importancia a estas cosas y, si uno se ensuciaba, lo sacaban de clase sin más. O, por ejemplo, yo, había veces que no entraba en las clases y me quedaba escondido en el patio; pues si te pillaban, te metían en la clase. Pero sin

armar un cirio. O sea, que tenía sus ventajas.

Cuando jugaban al fútbol, yo me apartaba para que no descubrieran mi habilidad. Pero un día me ocurrió lo siguiente: fue una de las mañanas en que no entré en clase y me quedé en un patio en donde era casi imposible que te encontrasen, porque había que saltar una tapia y luego daba a las cocinas. En el patio había muchos cajones, y también un balón, que seguro que lo habían perdido las chicas, porque el campo de baloncesto está junto a este patio.

Como no quería que me oyesen, me limité a golpearlo muy suave, manteniendo el balón en el aire, sin que tocase el suelo, a base de empalmar de izquierda a derecha, y también con las rodillas y la cabeza; es decir, lo mismo que está permitido en el fútbol. Si el balón iba a caer al suelo, lo cogía con las manos. Pero esto no ocurría casi nunca, porque se me da muy bien este malabarismo. Puedo llegar hasta mil sin que toque el suelo.

Don Ignacio no salía de su asombro, porque me estaba mirando desde una ventana, que en eso no había caído yo. Dijo:

—¡Caramba con el mudo!

Lo dijo porque sabía que yo no era mudo. Luego, bajó al patio, cogió el balón, se remangó un poco la sotana y dio unas cuantas para que viera que él también dominaba el cuero, porque ya he explicado que de joven jugó en el Tomelloso.

—¿Tú cuántas aguantas? —me preguntó.

—Si quiero, mil.

—Eso habrá que verlo. Pero no ahora.

Y me mandó a clase.

Desde entonces tuve que empezar a jugar al fútbol con los demás.

Ernesto, en su posición de apacible, nos veía jugar, sobre todo desde que empezamos la liga escolar. Incluso cuando jugábamos en campos lejanos de otros colegios, aparecía en su bicicleta, que tiene el piñón muy pequeño, de modo que aunque parece que pedalea despacio, avanza muy rápido, produciendo un efecto extraño y mágico. Los de los otros equipos creían que era nuestra mascota.

Yon Ying es un chino especial; en Madrid hay muchos, pero todos se dedican a los restaurantes. En cambio, Ernesto sigue con su asunto de recoger papel de las papeleras públicas y su trabajo de guarda de noche en el Virgen de los Remedios. Aunque también está muchos ratos por el día. Los internos le mandan hacer recados, principalmente las chicas, pero hay que darle el dinero justo o, si sobra algo, aunque sea una peseta, hay que aceptar que te la devuelva.

Bueno, pues yo creo que empezó a enseñarme cuando veía las dificultades que tenía para coger por alto los balones que me pasaban «Los Fronterizos» en los partidos de la Liga, en los que, cuando ganábamos alguno, se le ponía una cara feliz. Esto se le nota, no por la sonrisa, que ésa la tiene siempre, sino por los ojillos, que se le alargan todavía más. O sea, que empezamos por los ejercicios correspondientes a «piernas-mueles».

A mí, cuando me dijo que me lo iba a ense-

ñar, no me lo tomé a cachondeo, porque todos sabíamos que con una sola mano había matado a «El Sargento». No creáis que los ejercicios para saltar mejor era a base de brincar, sino más bien lo contrario. Para que no nos viera nadie, me llevaba a unos descampados que hay más allá del Parque del Oeste, y nos pasábamos horas y horas sentados en posturas especiales, porque lo primero de todo era aproximarte lo más posible a tu centro de gravitación, y para eso había que pensar mucho. Después vinieron los ejercicios físicos, que cómo serían que al principio no podía dormir por las noches, de los dolores. Si me quejaba, el maestro Yon Ying me decía:

—Tu cuelpo es como un árbol viejo y nudoso.

Lo de las «piernas-muelles» es un decir. Con las piernas das un salto corriente, y en ese momento haces una ondulación de caderas, tirando para arriba, como los delfines, y es cuando consigues sobresalir ese cuarto de metro sobre los demás.

—A ver cómo lo haces —me dice Rodolfo.

Yo le doy gusto porque comprendo que se tiene que ganar la vida, y alguna chorradita se le ocurrirá escribir si me ve saltar en sitio cerrado, que resulta más espectacular. Como mi habitación no tiene mucha altura, llego con la cabeza al techo. Pero llego golpeándolo, porque ésa es otra: puedo chocar mi cabeza contra objetos duros sin que me pase nada.

—¡No saltes! —grita mi tío, que se está dando su paseo homeopático por el canalón de cinc.

Cuando volvía del descampado, me pasaba ho-

ras practicando en mi habitación. Tenía que hacerlo despegando muy suave para no molestar a los vecinos de abajo. Pero como arriba no tenemos a nadie porque vivimos en un ático —el ático más caluroso del mundo— completaba la cosa endureciendo la frente contra el yeso del techo.

—Oye —me comenta el Rudolf—, yo creo que tú eres un fenómeno, porque, por cada hora que han dedicado los demás al balón, tú has dedicado diez.

Yo pienso que tiene razón.

—¿Es que tanto te gusta el fútbol?

No va por ahí el rollo. ¡Pero cualquiera se lo explica! No es que me gustase el fútbol, es que no me gustaba la vida.

NO SE LO EXPLICO, pero lee el comentario, claro, y me pregunta:

—Pero, ¿es que tú nunca has sido feliz?

A este tipo de pregunta ni contesto, pero él insiste:

—Pero, bueno, vamos a ver: ¿cuál ha sido el día más feliz de tu vida?

Me lo pregunta en buen plan, queriendo que alguna vez yo haya sido feliz, y comprendo que quedaría de miedo contestando:

—El día en que por primera vez vestí los co-

lores de la selección nacional, jugando contra Francia.

Pero no es verdad, entre otras razones porque para las cosas del fútbol tengo una memoria fatal. Si no echo mano de los recortes que guarda mi tío, ni me acuerdo de cuál fue mi primer partido internacional. En eso sí que parezco retrasado mental. Pero en ningún caso sería verdad, porque yo recuerdo con total claridad que la época más feliz de mi vida fue cuando se perdió una de las llaves de la despensa y la encontré yo.

—¡Pero qué dices! —se escandaliza el Rudolf.

Pues lo que oyes, macho. Aún vivía mi madre, mi tío ya estaba jubilado, y teníamos una asistentita por horas porque los otros dos no tenían salud para trabajar. Mi tío echó las cuentas de cómo podíamos vivir con su pensión de jubilado, y le debieron resultar fatal. Porque yo no recuerdo haber pasado tanta hambre en mi vida.

Por lo pronto organizó un régimen de comidas homeopático, que debe tener bastante relación con el vegetariano, porque comíamos acelgas a todo pasto. Para compensar comíamos espinacas, que tienen mucho hierro, y me ponía el ejemplo de Popeye, al que yo no llegué a conocer.

Yo ni me quejaba porque, con oír las quejas de mi tío y de mi madre, tenía bastante.

La suerte fue que mi tío estaba aterrado porque resultaba que el índice del costo de la vida subía mucho más deprisa que su pensión de jubilado. Todo esto lo explicaba una revista que le mandaban todos los meses de la Mutualidad de

Funcionarios y que, cuando llegaba, nos echábamos a temblar, porque las noticias sobre el costo de la vida cada vez eran peores.

Mi tío tomaba como referencia las latas de sardinas en aceite y nos lo explicaba. Por ejemplo: el trimestre anterior, con veinticinco pesetas se podía haber comprado una lata de sardinas entera. Pero después de haber recibido el último boletín, sólo se podía comprar las tres cuartas partes de esa misma lata. Por eso, a poco inteligentes que fuéramos, nos dábamos cuenta de que al año siguiente no podríamos comprar ni la lata vacía.

Por tanto, decidió invertir todos sus ahorros en latas de sardinas. Cómo sería la cosa que todavía nos quedan latas...

Las guardaban en la despensa, que era muy grande, y le pusieron un candado nuevo que sólo tenía dos llaves. Una la guardaba mi tío, otra, mi madre. Aquella puerta no se abría si no estaba uno de los dos delante, porque tampoco se fiaban de la asistenta. Esto a mí me daba pena, porque me parecía que de una persona mayor sí se debían fiar. ¡Pero mi tío había dicho que no! De modo que, aun en las épocas de depresión de mi madre, si Anuncia tenía que abrir la despensa, se levantaba de la cama y controlaba con una mirada triste y perdida lo que sacaba de la despensa.

—Señorita —le decía Anuncia—, que hay que abrir la despensa.

A mi madre siempre la llamaba señorita, aunque parecía una señora mayor. Sobre todo el año

en que murió, que estaba delgadísima y con todo el pelo blanco. Mi tío no publicó esquela, porque en las esquelas se ponen los hijos del difunto, y mi madre no podía tener hijos si no tenía marido.

El caso es que el boletín aquel —que era de color amarillo y llegaba envuelto en una faja blanca sin sello— también explicaba otras cosas que subían de precio mucho más deprisa que la pensión de mi tío. Por eso compró botes de leche condensada, latas de fabada y frascos de mermelada.

El día en que mi madre perdió la llave, a mi tío no le extrañó. Es más, le dijo:

—Lo que me extraña es que no la hayas perdido antes.

Porque mi madre no estaba preparada para guardar una llave; por lo pronto, la llevaba suelta, sin llavero, mientras que él —mi tío— la había metido en su llavero general que, a su vez, iba sujeto por una cadena al cinturón. Casi imposible que se perdiera.

Si yo hubiera encontrado la llave al día siguiente, seguro que se la habría devuelto a mi madre. Pero cuando la encontré ya habían pasado, por lo menos, quince días, y el asunto estaba olvidado. Pensé que sacarlo a relucir de nuevo hubiera sido peor. Además, mi tío ya había decidido que la puerta de la despensa sólo se abriría estando él delante.

La asistenta se marchaba después de comer, y mi tío, que era incapaz de dormir por las noches, se echaba unas siestas de campeonato, que era

cuando yo aprovechaba. Mi tío, casi todas las mañanas, nos decía:

—Ya os habréis dado cuenta de que esta noche no he pegado ojo. Me he tenido que levantar a pasear.

Se sobreentendía que a pasear por el canalón homeopático.

Después de comer, decía:

—Por lo menos descansaré un poco viendo la televisión.

Y, según lo decía, en su sillón de orejeras se ponía a roncar. Y aunque se terminase la emisión y sólo quedase el ruidito de la pantalla, él seguía roncando. Mi madre se iba a la cama. Anuncia terminaba de recoger la cocina, se marchaba, y yo no recuerdo cosa más triste que aquellas tardes.

¡Hasta que encontré la llave! Cogía siempre de las latas de la fila de atrás y mi tío nunca se llegó a enterar. Las preferidas eran las de leche condensada, que las tostaba al baño maría y quedaban de dulce. También me tomaba gigantescos bocadillos de sardinas en aceite. Yo estaba en la época de crecer y me podía comer cualquier cosa a cualquier hora.

—Y las latas de fabada, ¿como te las comías?
—me pregunta el Rudolf.

—Pues igual. Las calentaba al baño maría y a veces me tomaba la ración de cuatro.

—Pues a mí las judías en lata me sientan como un tiro.

A mí, no, porque luego me bajaba al pasadizo y me pasaba calentando balón varias horas. Por

eso, ahora me hace gracia cuando nos obligan a comer por lo menos tres horas antes del partido, y tienen que ser carnes sin nada de grasa y, además, a la plancha. ¡Chorradas!

15 *La discutible hombría de Senén*

EL viejo Rudolf hace lo que puede para dárse-las de reportero. Saca su librito de notas y me vuelve a preguntar:

—Oye, ¿quién era esa mujer de Barcelona a la que no quieres que se parezca la Candi?

Candi tiene ahora una gata a la que llaman «Duquesa» y es rubia. Está empeñada en domarla para que se porte como una persona, pero a «Duquesa» no le interesa esto último y Candi tiene toda la cara llena de arañazos.

Aunque lo haya dicho, la verdad es que no puede haber nada menos parecido a Candi que la mujer de Barcelona, que a mí me pareció gordísima, aunque los del equipo que me llevaron me decían:

—Tú no entiendes, chaval, ¡está en su punto!

Me llevaron como haciéndome un favor, porque yo no conocía el Barrio Chino. Yo, lo de los del equipo lo comprendo, pero lo del director técnico me parece asqueroso. Cuando tenemos que jugar contra el Barcelona todas las precauciones son pocas. Y si el partido es en la Ciu-

dad Condal, no digamos. Nos concentran, primero en Navacerrada y luego en otra finca de Barcelona, y toda la obsesión del director técnico es que las mujeres no vean a sus maridos. Y en cuanto a los solteros, no digamos. ¡Darle al naipe! Es lo que peor llevo de mi oficio...

Para hacerme el tonto y no defraudarles, me paso el día leyendo tebeos. Ellos disimulan, pero en cuanto pueden me los piden prestados.

—Déjame echar un vistazo a esa chorrada, chaval.

Yo lo comprendo, porque hay algunos de pastas duras que son fenómenos.

Aquel partido fue terrible, porque desempata- mos con un golpe franco en el que superé la barrera azulgrana bombeando con efecto, y el balón entró por un ángulo antes de que el portero se enterase de que yo había chutado. Eso es cuestión de suerte y no tiene nada que ver con lo que me ha enseñado Yon Ying.

Pero el rollo venía de antes y esto sí que tiene que ver con Ernesto. Como mi centro de gravitación es casi abdominal, puedo bloquear un balón con el abdomen, por muy fuerte que venga. El balón cae seco al suelo y empalmo que no veas. Así fue como metí el gol anterior, pero me lo anularon porque el árbitro pensó que lo había sujetado con las manos y pitó falta. Como los de mi equipo ya me conocen esta habilidad se pusieron como fieras y se lo intentaban explicar al árbitro. Pero éste ni caso. Por eso, cuando poco antes de terminar pitaron el golpe franco con el resultado que he contado, los míos se pusieron

como locos y el suramericano le gritaba al árbitro que había sido justicia de Dios.

El director técnico, en la caseta, nos dio permiso. Y el argentino, que ya me comió a besos cuando lo del gol, me dijo:

—Esta noche te estrenas, pibe. ¡Yegó la hora de haserte hombre, ché!

Yo no digo que el argentino me caiga mal, pero cursi es un rato. «¡Yegó la hora de haserte hombre, ché!». Además, cada vez que meto un gol me da besos, de esos babosos que tanto disgustan a la Candi. Y no es que sea marica, sino todo lo contrario.

El caso es que aquella noche se empeñó en *hacerme hombre*, ya se sobreentiende cómo.

Don Ignacio también lo intentó, con una frase terrible, pero, por lo menos, no era cursi. Para comprender el impacto que me hizo hay que darse cuenta de cómo es don Ignacio. Viste siempre con mucho esmero, y la única vez que le he visto descamisado fue el día en que jugamos el partido de fútbol en La Granja. Cuando se enfada, impresiona; pero nunca grita ni dice palabras raras.

Yo, entonces, ya jugaba en el juvenil del Athletic y era casi seguro que no iba a seguir ningún oficio de los del Virgen de los Remedios. Pero seguía yendo por el colegio. Un día me dijo don Ignacio:

—¿Y tú qué haces por aquí?

Ya me di cuenta de que era una pregunta con segundas. Estábamos en el patio, que tiene un porche desde el que se entra a la capilla. Cuan-

do don Ignacio está cerca de la capilla parece que habla más suave, porque estamos en la proximidad del Señor. Pues, a pesar de todo, me dijo:

—¡A ti lo que te pasa es que no tienes cojones para ser un hombre!

Yo sentí como si me fuera a estallar la cabeza, y a continuación me salí de órbita, porque suponía que lo que estaba ocurriendo no tenía nada que ver conmigo. Supuse que le estaba pasando a otra persona, y que don Ignacio no era don Ignacio, porque el que yo conocía no podía decir aquello. Pero sí, era él, sin descomponerse. Y para que no quedaran dudas, me lo confirmó.

—¡Sí, sí, a ti te lo digo!

Bueno, volvamos a lo del «pibe». Como habíamos ganado aquel partido tan decisivo al Barça —yo no sé lo que pasa que todos los partidos son decisivos—, el director técnico nos dio permiso para «realizarnos y dar lógica satisfacción a los instintos naturales de la juventud». Esta frase la pongo así porque es como la dice el tipo.

Primero me llevaron al Barrio Chino, a un «tablaó» en el que bailaba un travestido muy famoso y muy gracioso. En unos números salía vestido de mujer; y en otro, de hombre. Cuando salía vestido de mujer bailaba en plan serio cosas andaluzas, y cuando salía de hombre era cuando hacía las gracias.

—¡Esto no lo viste en tu vida, ché! —me decía el argentino.

Por supuesto, y espero no volverlo a ver. ¡Jo, qué estómago tiene la gente! Lo que aguanta...

Después me llevaron a un cabaret muy elegante del Paralelo, en el que bailaban mujeres —supongo que serían mujeres—, pero casi sin ropa. Y cuando ya estábamos preparados, me subieron a un piso, que es donde estaba la mujer por la que me pregunta el Rudolf. Estaba sentada en medio de una especie de sala y al principio me dio la impresión de que iba en bikini. Pero luego me di cuenta de que era ropa interior de señora. A mí me pareció una señora que estaba sentada en un sillón de peluquería de caballeros. No sé por qué, pero así me lo pareció.

—¡Pues si no la querés vos, me la quedo para mí...!

Bajé las escaleras aprovechando al máximo mi centro de gravitación, casi sin tocarlas, saltando de rellano en rellano, y luego corrí Ramblas arriba hasta llegar al hotel, y no paré hasta encerrarme en la habitación. En los desplazamientos dormimos en habitaciones dobles, y a mí me suelen poner con el negro porque no noto que huelga distinto.

—¿Y por qué relacionas a aquella mujer con Candi?

—Porque también decía tacos.

Rodolfo se queda pensativo y me dice guasón:

—Bueno, el caso es que, por un lado y por otro, te quedaste sin ser hombre.

Me doy cuenta de que me he metido en el lío, pero creo que lo he hecho aposta porque, como con don Ignacio no puedo hablar, con alguien tengo que hacerlo.

—Cuando se entere José Luengo de que no

eres un fronterizo le va a dar un mal —ironiza Rodolfo.

—Yo no he dicho que no sea un fronterizo.

—¡Senén, qué cara tienes! O sea, que con tus veintidós años eres menor de edad y tu tutor es ese pobre señor.

Es la primera vez que le falta el respeto a mi tío.

—¿Tú sabes que quieren traspasarte al Cosmos, de Nueva York?

Ya he oído ese comentario, pero no he hecho ni caso.

—¿Tú sabes que te han tasado en quinientos millones de pesetas?

Yo me callo como un muerto, porque lo de callar me fue muy bien para que me aceptasen como débil mental en el Virgen de los Remedios. Pero al Rudolf le ha dado por hacer de fiscal de película:

—¿Tú sabes que el Athletic le debe al presidente doscientos millones de pesetas?

De eso no sabía ni media palabra, ni los periódicos lo habían dicho. Lo que no me figuraba es que Rodolfo, que me parece un despistado, supiera tanto.

—¿Tú sabes que el presidente, con tal de cobrar su deuda, es capaz de vender a su madre?

Eso sí, eso ya me lo suponía.

Todo esto me lo dice el Rudolf porque sabe que, si me sacan de mi gente y de mi barrio, a mí me matan. Y que, por mucho que me paguen en el Cosmos, no me compensa. Pero yo le digo:

—Mi tío no dará permiso para el traspaso.

—¿Que no? Pero ¿no me has contado tú mismo que tu tío está emocionado con ese médico de Nueva York que asegura que un homeopático perfecto puede tener una vida ilimitada?

¡Jo, qué memoria tiene el tipo!

—A tu tío le montan un piso en la Quinta Avenida, con un arroyo dentro para que se pueda pasear descalzo, y encima le aseguran la asistencia de ese médico que garantiza la inmortalidad, y os facturan rápido a los dos.

Por eso mismo no quiero ser mayor, porque todo lo que hacen los mayores es horrible, empezando por lo de mi padre. «Si llega a mayor —había dicho mi tío cuando creían que me moriría de aquella pulmonía— será como su padre». ¡Pues no quiero ser como mi padre, ni como José Luengo, ni como el presidente, ni como el director técnico, ni como el argentino —que, por cierto, está casado y con tres hijos, el muy cerdo—, ni como el negro, que, coño, naturalmente que huele mal, lo que pasa es que yo me aguanto! ¡O sea, que entérate, macho, yo estoy fenómeno en mi cociente intelectual 85 de la escala Terman, y pienso aguantar ahí todo lo que pueda!

—Además —le digo—, tú me prometiste que, aunque leyerás lo que escribo en el tercer cuaderno, no dirías nada sin mi permiso.

—Por supuesto, por eso no tengas cuidado. Además, yo prefiero que sigas siendo débil mental; el libro va a quedar mucho mejor. Imagínate que le decimos a José Luengo que ya no puede seguir titulándote «El fronterizo de oro». ¡Lo hundimos!

Rodolfo quiere hacerse el cínico, pero no le sale. De todos modos, me sienta como un tiro lo que dice.

—Por mí, no te preocupes. Cuando te facturen a Nueva York, iré a despedirte al aeropuerto.

—¡Vete a la mierda!

Pero lo que más me ha dolido es cuando me ha dicho:

—Oye, supongo que lo del maestro Yon Ying y su famosa ciencia para situar el centro de gravitación será otro cuento tuyo, ¿no?

16 *Tercera excursión* a «*La Boca del Asno*»

ES curioso lo que mejora la letra después de escribir tanto tiempo seguido. Ahora ya no necesito escribir en borrador y pasarlo luego a limpio. Tampoco necesito escribir necesariamente con bolígrafo verde. Antes, si no era verde, no me salía nada. Ahora ya me da lo mismo.

Rodolfo insiste en que me haga periodista.

—Lo lógico —me dice— es que fueras periodista deportivo, pero no sé si vas a servir. Pero, a lo mejor, a la gente le gustan las chorraditas que escribes. Sobre todo cuando aprendas un poco más. Lo de tus famosas «Memorias» no sé si ya interesan a la gente. Pero, por si acaso, terminalas. Por lo menos, practicas.

PARECE QUE MIS «MEMORIAS» ya no interesan, porque ya ni soy fronterizo ni jugador

de fútbol desde que tuve el accidente. Mejor dicho, desde que lo tuvimos todos. Pero sin culpa de Rodolfo. La prueba es que el seguro del camión que nos arrolló ha pagado, sin rechistar, la indemnización al padre de Candi. A mí también, por dejarme inútil la rodilla izquierda. Aunque, naturalmente, a mí mucho más, porque mi rodilla izquierda valía mucho más que la vida de Candi.

¡Maldita sea!, me pongo a llorar y me caen unos lagrimones como los de Alicia la gorda, que corren por la página, aguando el azul del rotulador. Ahora escribo con rotulador azul de trazo grueso.

Cuando lloraba en la clínica, la gente creía que era por lo de mi rodilla. Pero lloraba de rabia porque a todo el mundo le importaba mucho más mi rótula izquierda que la desaparición, para siempre, de Candi.

Y si alguno se daba cuenta de esto último, me decía:

—No te preocupes, está en el cielo.

Lo cual es otra estupidez, porque, la verdad, Candi, aunque a mí me cayera de miedo, era malísima, y no sé por qué va a tener que estar en el cielo. Me conformaría con que estuviera en el purgatorio.

CUANDO «EL BUZO» coge una matraca, no le sacas del raíl ni a tiros. Le habíamos hablado tanto de la excursión que habíamos hecho a «La Boca del Asno» que, hasta que no la repetimos, no paró. Fue cuando tuvimos el accidente.

Era el 29 de julio, y ya no nos quedaban otras fechas, porque yo empezaba los torneos de verano. Con Rodolfo apenas me hablaba, por lo sarcástico que estuvo conmigo cuando se enteró de que don Ignacio opinaba que yo no tenía suficiente masa testicular para asumir el papel de hombre en la vida.

Ahora lo digo así de fino, porque he tenido muchas conversaciones con don Ignacio, que incluso me ha pedido perdón por aquella frase tan horrible que me dijo. Yo no estoy muy convencido de que me interese ser mayor, pero parece ser que es inevitable. Hasta San Pablo lo dice: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser hombre, dejé como inútiles las cosas de los niños». No hace falta aclarar que esto último me lo dice don Ignacio, que para eso es único: coge cualquier chorradita del Evangelio y le saca mucha punta.

FUIMOS SÓLO LOS CUATRO: Rodolfo, «El Buzo», la Candi y yo. Candi se trajo a «Duquesa», a la que había conseguido educar, y la lle-

vaba todo el rato en brazos como si fuera su hija. Incluso hacía como que le daba de mamar. A mí esas cosas no me hacían gracia, pero «El Buzo» se tronchaba de risa.

El viaje de ida fue bueno, pero con mucho calor. Repetimos casi todo lo de la excursión anterior, aunque echamos de menos a Yon Ying. «El Buzo» se tiraba de cabeza a la hoya grande desde bastante altura, y cualquiera que no fuera él se hubiera abierto la cabeza.

Candi, en lugar del biquini, llevaba un traje de baño completo y a mí me pareció que ya no estaba tan plana por arriba como la otra vez. También me dio ahogadillas, pero a mí me daba más apuro que se me abrazase de aquella manera, porque, desde que Rodolfo me echó las cuentas de que cuando yo tuviera veintiséis años ella tendría dieciocho y nos podríamos casar, la cosa había cambiado.

Yo no creo que estuviera enamorado de Candi. O por lo menos no sentía las emociones que, cuando era chaval, me producía la chica que se llamaba Tini. Y si he llorado tanto, ha sido de rabia, ya lo he explicado. Además, que yo hubiera llorado por cualquier niño que se hubiera muerto así. Pero si, encima, teníamos esa amistad, pues mucho más...

Nos quedamos los últimos. Quiero decir que todos los excursionistas se habían marchado ya y, solos, se estaba de maravilla. Rodolfo y yo nos hablábamos ya como si no hubiera pasado nada, porque con el Rudolf es imposible estar enfadado.

Aquella vez invitaba yo, de verdad, y en el quiosco hicimos una merienda-cena. «El Buzo» se puso morado y Candi no se quedó atrás. A «Duquesa», que era su gata, le dio una lata entera de mejillones. Lo de Candi era único: le hablaba a «Duquesa» de tal manera, que yo creo que estaba convencida de que la gata era una persona. En cambio, no estuvo graciosa ni nos imitó a las profesoras, ni a Yon Ying, porque —aparte de comer— lo único que le interesaba era trepar por las rocas y que «Duquesa» la siguiera. En la excursión anterior vino con sandalias de tacón, que le hacían más alta, pero esta vez ya venía con la idea fija de trepar por las rocas, y se trajo unos zapatos deportivos con suela de goma. La volvía loca trepar por las rocas.

Pero no por eso lo pasamos peor. Cuando ya no nos quedaba más remedio que volver, a Candi le brillaban los ojos por la emoción de tanto trepar, y me dijo:

—Senén, tenemos que volver otro día, anda, júramelo.

A Candi había que jurarle todo lo que le interesaba. Y, encima, me dio un beso en plan cobista, como los que le daba a «Duquesa». ¡No me había dado un beso en su vida, eso sí que lo puedo jurar yo! No sé si me lo dio como si yo fuera un niño pequeño al que hay que camelar, o como si yo fuera un señor mayor y ella una niña pequeña. El caso es que fue el único beso que me dio en su vida. También es casualidad.

En el último momento se nos escapó «Duquesa» y se escondió entre unas zarzas. Yo quise

ayudarla para que saliera, pero ella me gritó:
—¡Tú, quita, imbécil! ¿No ves que de ti se asusta?

Esto también lo recuerdo, como para compensar lo del beso.

Se hacía de noche y se puso un crepúsculo tan misterioso que sigo creyendo que no hay en el mundo un sitio tan bonito como «La Boca del Asno». Aunque yo no creo que vuelva.

Ya no hacía nada de calor, por lo que la vuelta parecía que todavía iba a ser mejor que la venida, porque, cuando veníamos, nos había ocurrido una cosa que se me ha olvidado contar. En el semáforo de la Moncloa, justo el que hay antes de salir a la carretera de La Coruña, al ponerse en verde, no arrancó el coche de delante, que lo conducía una señora con dos niños. Los que hacían cola detrás, que eran muchos, aguantaron un poco. Luego, empezaron a tocar la bocina desesperadamente. Menos Rodolfo, que se bajó del coche. La señora creyó que era para echarle la bronca, y en prevención le gritó:

—¡Qué quiere usted que haga, me he quedado sin gasolina!

Pero Rodolfo, claro, bajaba sólo para ayudarla, y «El Buzo» también. Cuando se enteró de que no tenía gasolina, «El Buzo» se quedó encantado y le dijo:

—No se preocupe, señora, que nosotros la empujamos —porque esas cosas le chiflan. Y volvía a insistir: —No se preocupe, señora, que la empujamos hasta la gasolinera, que es todo cuesta abajo.

Esto es cierto, pero la gasolinera, que es la de Puerta de Hierro, estaría como a tres kilómetros. «El Buzo» hubiera sido feliz si le hubieran dejado empujar el coche hasta allí. Además, seguro que hubiese conseguido llevarlo, y sin ayudas, porque es el tío más fuerte del mundo. Para demostrarlo empezó a empujar, de modo que los coches de atrás pudieron arrancar. Pero al pasar junto a él le miraban con mala cara porque creían que era el culpable del tapón. «El Buzo», entonces, empujaba sólo con una mano, y con la otra les hacía un gesto muy clásico en nuestro colegio, que quiere representar cierta parte del cuerpo.

Lo malo fue que Candi también se bajó, porque no se podía perder un lío de éstos, y les hacía el mismo gesto, que en una chica resulta fatal. Esto es lo que me ponía a mí enfermo, de Candi.

Yo, cuando se muere alguien, veo que no tenía más que virtudes, según dice la gente. En cambio, con Candi me ocurre lo contrario. Incluso antes, cuando conté lo del gato que se perdió entre las zarzas, puse que Candi me dijo: «Tú, quita, imbécil!». Pero la verdad es que en lugar de imbécil me llamó gili... y lo que sigue.

Menos mal que Rodolfo consiguió que «El Buzo» dejase de empujar, y comprobó que el coche tenía gasolina de sobra. Lo que ocurría es que se había emborrachado. Pero Rodolfo se lo consiguió poner en marcha y la señora casi lloró de emoción. Bueno, pues cuando seguimos nuestro camino, Candi le dijo a Rodolfo:

—Yo que tú no se lo hubiera puesto en marcha; ¡así aprendería esa tía choriza para otra vez!

Lo malo es que «El Buzo» le reía cualquier cosa que dijese.

Pero aquella tarde se lo pasó como nunca, porque aunque no nos dijese nada, en secreto estaba jugando a que era un explorador y «Duquesa» su tigre amaestrado. Otro detalle que se me olvidaba es que, además de los zapatos deportivos, llevaba pantalones vaqueros para que no le viéramos nada cuando trepaba. Porque aunque Candi hablaba como hablaba, no admitía que le pudieran ver ni un dedo por encima de las rodillas.

EN LA CLÍNICA me pasé tres meses, agosto, septiembre y octubre, con la pierna colgada. Salí en noviembre, pero sigo yendo para hacer ejercicios de recuperación. Aunque ya me han advertido que lo más que puedo lograr es andar con una cojera que se me note poco. Yo estoy bastante conforme, teniendo en cuenta que al principio habían pensado cortarme la pierna, pero el presidente está desesperado. Ya contaré por qué. Ahora estamos en diciembre.

El accidente lo he tenido que contar un millón de veces: primero al juzgado, y después, a los periodistas, no digamos. Una cosa que les encanta

a los periodistas en estos casos es sacar la lista de deportistas malogrados en la flor de la vida. Pues bien, casi todos estuvieron de acuerdo en que ninguno había resultado tan malogrado como yo, porque los hubo que murieron en la flor de la vida, pero eso era preferible a lo que me había ocurrido a mí.

El accidente tiene muy poco que contar. En una de las curvas de «Las Siete Revueltas», del puerto de Navacerrada, un camión que bajaba derrapó y se nos echó encima. Rodolfo se dio cuenta y pegó un volantazo para evitar el choque de frente, pero el camión nos embistió, enganchando al coche de la mitad para atrás. El golpe lo recibí de plano Candi, que por eso se mató.

Tengo que explicar que delante iban Rodolfo y «El Buzo», con sus cinturones de seguridad abrochados, y no les pasó nada. ¡Para que luego digan que no sirven los cinturones de seguridad! Detrás íbamos Candi y yo. Candi en el asiento de la izquierda, que fue contra el que se empujó el camión. Llevaba a «Duquesa» en brazos, pero al animal no le pasó nada. ¡Para que luego digan que los gatos no tienen siete vidas! Yo iba en el de la derecha y con el golpe perdí el conocimiento, aparte de lo de la rotura de la rodilla.

Cuando recobré el conocimiento, estaba tumbado en un pinar, envuelto en una manta, y había un guardia civil, que, al ver que abría los ojos, me ordenó:

—No se mueva para nada.

Junto a mí estaba el cuerpo de Candi, tapado con otra manta, que también le cubría la cara

porque había muerto en el acto. Yo le pregunté al guardia:

—¿Quién es?

Y éste me volvió a ordenar:

—No hable nada.

Pero enseguida vi a Rodolfo y a «El Buzo», que estaban de pie, aunque también envueltos en mantas, y ya supe que era Candi. También sabía que si le cubrían el rostro es porque había muerto.

Me vuelven a caer unos lagrimones que se me corre toda la tinta del rotulador. Y eso que han pasado cinco meses. «El Buzo» sigue llorando cada vez que ve a la hermana pequeña de Candi con «Duquesa» que da miedo verle. Pero eso es normal en un retrasado mental. Me acuerdo de que cuando Alicia la gorda, la del «hoola-hop», se marchó para siempre del colegio, lloró hasta el apuntador. Pero se comprendé, porque en el colegio la querían todos, y en su casa, a saber...

A mí me gustaría recordar algo bueno de Candi, pero apenas lo consigo, y por eso lloro tanto.

BUENO, PUES LO DE AHORA no tiene ni comparación con lo de los primeros días de la clínica. Me tenían medio adormilado con calmantes, por lo de la pierna, pero de algo me enteraba. Y ese algo era espantoso. Nunca he tenido

una sensación tan clara de vivir en dos planos. Por una parte estaba yo, que de vez en cuando tenía la suerte de que entrasen a verme don Ignacio, Rodolfo, y entonces estaba *conmigo*. Los demás estaban *con el asunto de mi pierna*, que tenía que ver poco conmigo.

A mí me hubiera encantado que me visitara «El Buzo», pero no le dejaban porque lloraba y eso no me convenía. No le convendría a mi pierna, porque yo, por mi cuenta, me hinchaba a llorar.

Un día vino a verme mi tío, y se lo agradecí mucho, porque el pobre estaba aterrado temiendo que, después de tantos años sin salir de casa, se acatarraría. ¡Seguro!

El cirujano, con una sonrisa sombría me decía:

—A ver si tenemos suerte y logramos salvar esa pierna, muchacho.

O sea, que cuando yo entré en el quirófano no sabía si saldría con la pierna entera. Por eso ahora estoy bastante conforme con mi situación. Yo creo que voy a poder ser profesor de Educación Física, a pesar de la cojera, y entonces daré clases en el Virgen de los Remedios. De gimnasia yo sé un huevo, porque la aprendí mientras estuve en el Athletic.

Si me llegan a cortar la pierna, se me habría descolocado el centro de gravitación. Pero al conservarla, sigue en el mismo sitio. La prueba es que el otro día fui por primera vez a un entrenamiento de «Los Fronterizos» y ensayé a chutar, apoyándome en un chaval, para no recargar la pierna izquierda. «El Buzo» se puso idiota dicién-

dome que no me convenía chutar —lo que ha oído—, pero yo le grité que se pusiera en la portería. Le largué un chupinazo de derecha que luego me dio pena, porque fue el primer gol que le he metido en mi vida.

Ya he contado que «El Buzo» estaba convencido de que era el único portero del mundo que me podía parar un penalti.

Volviendo a lo de la clínica. De muchas cosas que sucedieron me enteré después, por los recortes de los periódicos que sigue guardando mi tío, aunque supongo que este trabajo se le está terminando, porque, claro, cada vez hablan menos de mí; de otras me enteré allí, porque en mi habitación tenía televisión.

El presidente salía día sí y día no (en la televisión) y siempre decía lo mismo: que estaba destrozado porque yo, para él, era como un hijo. Quedaba de miedo. Pero la tentación fue demasiado grande para José Luengo, que se largó un artículo que se titulaba: «La verdad sobre el fronterizo de oro». Cómo sería que el presidente le presentó una querrela criminal.

Esa «verdad» era que ya estaba convenido mi traspaso al Cosmos de Nueva York por quinientos millones de pesetas, pero que la venta no se cerraría hasta el otoño, porque al club le interesaba que yo jugase los torneos de verano.

El artículo lo subtitulaba José Luengo: «La avaricia rompe el saco», con lo que quería decir que, si el presidente no se hubiera empeñado en sacar cuatro duros por esos torneos, el club se habría embolsado ya el traspaso, y el presidente se

habría cobrado ya los doscientos millones que el club le debe. Contaba, también, que él había sido testigo de cómo el presidente le prohibió al cirujano que me cortase la pierna, porque tenía la esperanza de que, si la conservaba, aunque fuese un poco estropeada, podría todavía traspasarme, aunque fuera por menos precio. «¡Ése ha sido su error! —terminaba su artículo—. Porque Senén, con una pierna de palo y con su formidable punterazo de derecha —¡el tío sigue sin enterarse de que yo no chuto de puntera!—, hubiera sido un buen espectáculo de feria, que quizá hubiera resarcido al señor presidente de su crédito».

DON IGNACIO fue de los primeros en llegar a la clínica. Llegó tan pronto porque al principio pensaron meterme en el quirófano, casi en directa.

Me agarró del pelo de la cabeza, como si no estuviéramos enfadados, y en lugar de preguntarme por mi pierna, me dijo:

—Ya me he enterado de lo de tu amiga, no sabes cómo lo siento.

Cuando se me pasó la llantina, me preguntó:

—¿Quieres confesarte?

Me lo dijo por si me operaban de inmediato. Yo le dije que sí, claro, porque la cosa no estaba para bromas. Entonces fue cuando nos pusimos

de acuerdo en terminar, con el pretexto del golpe, con el asunto de mi supuesta debilidad mental. No es que en aquel momento pensáramos en ese pretexto, pero así salió.

La gente está dispuesta a creerse todo, principalmente cuando lo dicen los periódicos. Y a los periodistas les encantaba la idea de que, como consecuencia del trauma, ya me hubiera salido del cociente intelectual 85, de la escala Terman.

Rodolfo, en plan cínico, fomentaba la versión, y un periódico serio, en sus páginas sobre la salud, tuvo que salir al paso diciendo que aquella información carecía de fundamento, y que, de prosperar, supondría un peligro para los restantes muchachos fronterizos, que podrían ser aporreados por sus padres para mejorarles el cociente intelectual.

Bueno, la cosa pronto se olvidó, y la impresión generalizada, que José Luengo supo resumir en el título de uno de sus famosos artículos, era: «Hemos recuperado un cerebro pero hemos perdido un genio».

¡Cuanto más chorra sea la frase, mejor queda!

OTRO FENÓMENO que me visitaba era «Colito», y generalmente se llevaba a algún tipo para lucirse conmigo. Algunos eran amigos que iban

para futbolistas y querían que les explicase lo que había que hacer. Menudo lío. Yo no sé cómo quitarme a «Colito» de encima.

Cuando el «As-Color», que es una revista deportiva, me sacó en la doble central en plan de póster, vestido de futbolista, como si fuera un homenaje póstumo («Los colores que ya no volverá a vestir Senén») el «Colito» se compró montones de revistas y me las trajo para que le firmase el póster. Ya me advirtió que ésas no eran para venderlas, sino para tener una atención con mis admiradores. Cómo será el tío, que consiguió venderle una a «El Buzo», que podía tener todas las fotografías mías que quisiera.

Tumbado boca arriba, durante tres meses, se tiene tiempo para pensar en todo. Y alguna vez llegué a pensar que hubiese sido mejor que el maldito asiento trasero izquierdo lo ocupara «El Buzo», porque éste seguro que se hubiera ido al cielo en directa; mientras que lo de Candi no está tan claro...

Su padre —el de Candi— estaba desconsolado, pero a veces me entraba la duda espantosa de que, al ver la indemnización que le dieron, se le había pasado la pena. Un día en que me vino a ver a la clínica, me dijo:

—Dicen que los hijos vienen con un pan debajo del brazo, pero en mi caso ha sido al contrario. El pan nos lo ha traído la pobre Candi al morirse.

Yo comprendo que el hombre está en el paro y que lo necesita, pero me entraba una angustia tan grande que terminaba pensando que lo me-

jor de todo hubiera sido que el asiento trasero izquierdo lo hubiera ocupado yo.

A TODO ESTO, el maestro Yon Ying, sin enterarse. Cuando el accidente estaba fuera de Madrid, en un viaje misterioso, y hasta que no ha empezado el colegio —quince de septiembre— no se ha enterado de nada. Yon Ying hace sus viajes en bicicleta, y a mí me parece que deben de ser maravillosos, y que seguro que irá por lugares que sólo conoce él. Por eso le pregunté al médico:

—¿Usted cree que podré montar en bicicleta?

Se lo pensó y me dijo:

—Ya veremos, ya veremos. Depende de cómo vaya la recuperación.

Pero añadió:

—A lo que sí podrás jugar, es al golf.

Eso es que no hay ni uno solo que no me lo diga:

—Al golf podrás jugar, seguro.

Lo consideran un gran consuelo. Sobre todo los directivos del club que me visitaban —¡menuda plasta!—, me golpeaban un hombro y me decían:

—No te preocupes, que al golf puedes jugar. Ya verás cómo te gusta.

Ernesto, desde que volvió, me visitaba todos

los días y se sentaba en un rincón, con ese silencio suyo que acompaña tanto. Un día me explicó:

—Todos estos días he bajado al Club de Campo a ver cómo se juega al golf.

Luego hizo una pausa de silencio, que en él es normal, pero de repente se le iluminó el rostro, como nunca se lo había visto. Me señaló con el dedo muy fijo, y con un tono de voz que en él es gritar, me dijo:

—¡Yo te puedo colocar el centlo de glavitación de tal modo que selás el mejol jugadol de golf del mundo!

Índice

1	<i>Senén empieza a escribir</i>	7
2	<i>«Los Fronterizos»</i>	13
3	<i>El maestro Yon Ying</i>	21
4	<i>Homeopatía doméstica</i>	28
5	<i>Senén descubre «La Boca del Asno»</i>	34
6	<i>La escala Terman</i>	44
7	<i>Segunda excursión a «La Boca del Asno»</i>	54
8	<i>Escribir en verano</i>	62
9	<i>Yon Ying y «El Sargento»</i>	68
10	<i>La chica que se llamaba Tini</i>	78
11	<i>Nostalgias de un pasadizo</i>	92
12	<i>Senén pierde el balón</i>	98
13	<i>El centro de gravitación de Senén</i>	106
14	<i>El día más feliz</i>	118
15	<i>La discutible hombría de Senén</i>	128
16	<i>Tercera excursión a «La Boca del Asno»</i>	136